

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII

San José, Costa Rica

1941

Sábado 13 de Diciembre

No. 23

Año XXII — No. 927

En este número:

7 de Noviembre Pablo Neruda
Pakhom el mujik León Tolstoi
El ajedrez de los Césares Manuel Torre
Salidas (y 2) Virginia Woolf
Luis Alberto Sánchez Fabio Fiallo
Un negro estupendo Alberto Arredondo

Un gesto muy colombiano
Cuatro mujeres Mario Hernández
El adiós a Rubén Darío Alfonso Teja Zabre
Tres meditaciones contemplando la bestia Alejandro Carrión
Retozos filológicos Enrique Naranjo Martínez
De don Mauro me acuerdo Ricardo Jiménez

7 de Noviembre

Oda a un Día de Victoria

(Es un recorte. Envío del autor. México, D. F.)

Este doble aniversario, este día, esta noche
hallarán un mundo vacío, encontrarán un torpe
hueco de corazones desolados?

Nó, más que un día con horas,

es un paso de espejos y de espadas,
es una doble flor que golpea la noche
hasta arrancar el alba de su cepa nocturna!

Día de España que del Sur
vienes, valiente día
de plumaje férreo,
llegas de allí, del último que cae con la frente quebrada
con tu cifra de fuego todavía en la boca!

Y vas allí con nuestro
recuerdo insumergido:
tú fuiste el día, tú eres
la lucha, tú sostienes
la columna invisible, el ala
de donde va a nacer, con tu número, el vuelo!

Siete, Noviembre, en dónde vives?
En dónde arden los pétalos, en dónde tu silbido
dice al hermano: sube! y al caído: levántate!?
En donde tu laurel crece desde la sangre
y atraviesa la pobre carne del hombre y sube
a construir el héroe?

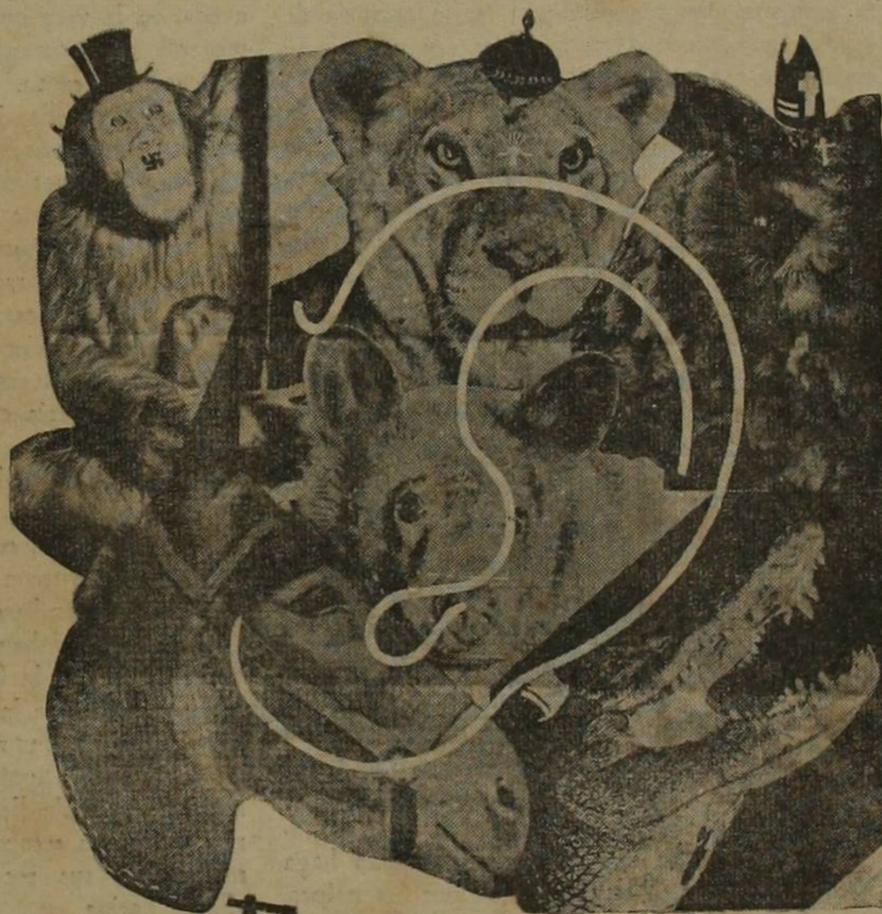
En ti, otra vez, Unión,
en ti, otra vez, hermana de los pueblos del mundo,
Patria pura y soviética, vuelve a ti tu semilla
grande como un follaje derramado en la tierra!

No hay llanto para ti, Pueblo, en tu lucha!
Todo ha de ser de hierro, todo ha de andar y herir,
todo, hasta el impalpable silencio, hasta la duda,
hasia la misma duda que con mano de invierno
nos busque el corazón para helarlo y hundirlo,
todo, hasta la alegría, todo sea de hierro
para ayudarte, hermana y madre, en la victoria!

Que el que reniega hoy sea escupido!
Que el miserable hoy tenga su castigo en la hora
de las horas, en la sangre total,

que el cobarde retorne
a las tinieblas, que los laureles pasen al valiente,
al valiente camino, a la valiente nave
de nieve y sangre que defiende el mundo!

Yo te saludo, Unión Soviética, en este día,
con humildad: soy escritor y poeta.
Mi padre era ferroviario: siempre fuimos pobres.
Estuve ayer contigo, lejos, en mi pequeño



¡Alerta, milicianos, las bestias totalitarias nos acechan!

país de grandes lluvias. Allí creció tu nombre
caliente, ardiendo en el pecho del pueblo,
hasta tocar el alto cielo de mi república!

Hoy pienso en ellos, todos están contigo!
De taller a taller, de casa a casa,
vuela tu nombre como un ave roja!

Alabados sean tus héroes, y cada gota
de tu sangre, alabada
sea la desbordante marejada de pechos
que defienden tu pura y orgullosa morada!

Alabado sea el heroico y amargo
pan que te nutre, mientras las puertas del tiempo se abren
para que tu Ejército de Pueblo y de hierro marche cantando
entre ceniza y páramo, sobre los asesinos,
a plantar una rosa grande como la luna
en la fina y divina tierra de la victoria!

PABLO NERUDA.

México, Noviembre, 1941.

Los mil y un cuentos

Pakhom el mujik

(¿Hace falta mucha tierra para un hombre?)

Por LEÓN TOLSTOI

(Del libro *Cuentos escogidos* de Tolstoi, edición de la Universidad Nacional de México, 1923).

La hermana mayor, esposa de un comerciante, viene a la campiña a visitar a su hermana menor, casada con un mujik. Hace la primera el panegírico de la vida que su posición desahogada le permite; enumera las comodidades de que goza, el lujo de sus vestidos, los exquisitos manjares que adornan su mesa y que regalan su paladar, y los paseos y teatros, en que solaza su vista y su espíritu.

Molesta por aquel brillante cuadro en que parece descubrir ciertos dejos de malicia, encaminada, sin duda, a hacerle sentir la diferencia de posición social que entre las dos existe, comienza la hermana menor a disminuir la importancia de la vida que puede darse la esposa de un comerciante y a realzar la de una campesina.

—Yo—dice—no cambiaría mi posición por la tuya, porque si bien es cierto que no es brillante nuestra existencia, en cambio nos son desconocidas las inquietudes que los asaltan. Vivís con más lujo; pero si unas veces ganáis, otras lo perdéis todo de golpe, y el proverbio dice: *La pérdida es respeto de la ganancia, una hermana mayor*. Ocurre que hoy eres rica y mañana no tienes nada. Nuestra existencia es más segura. En casa del mujik la subsistencia es mezquina, pero duradera. Nunca seremos ricos, pero siempre tendremos qué comer.

—Es verdad—repuso la otra hermana;—¡pero a costa de vivir entre cerdos y terneros! Ni modales corteses, ni comodidades, a pesar del trabajo de tu marido. Vivís entre basura y moriréis en ella y la misma suerte aguarda a vuestros hijos.

—¿Y qué?—dijo la otra hermana—el oficio lo requiere; mas por eso mismo nuestra vida es estable cuando tenemos tierras. No tenemos que inclinarnos ante nadie y a nadie tememos. Vosotros, en la ciudad, estáis expuestos a la tentación. Hoy estáis bien; pero tal vez mañana haga el diablo que a tu marido le dé por los naipes, por el vino o por las mujeres, y todo irá manga por hombro. ¿Qué no puede ocurrir con cualquiera de esas cosas?

Pakhom, el marido, sentado sobre la estufa, escuchaba la charla de las mujeres.

—Lo que dice mi esposa—exclamó—es la fiel expresión de la verdad. Ocupados en remover la tierra que nos mantiene, jamás pensamos, desde niños, en futilidades. La única desgracia es tener pocas tierras; pero si yo tuviera toda la que deseara, no tendría miedo ni al mismo diablo.

Las mujeres, después de haber tomado el té, siguieron hablando de trajes; arreglaron la vajilla y después se fueron a acostar.

El diablo estaba sentado detrás de la estufa escuchándolo todo y se alegró de que la mujer del campesino hubiera dado pie a su marido para que éste le desafiase. ¿No se había alabado de que, si tuviera tierra, no tendría miedo ni del propio Satanás?

—¡Está bien!—se decía—¡ahora nos veremos las caras! Voy a darte mucha tierra y por la tierra te cogeré.

II

Al lado del mujik vivía una *barinia* (1) que poseía ciento veinte deciatinas (2) de tierra. Estaba en las mejores relaciones con los mujiks y no hacía mal a nadie, cuando tomó por administrador a un licenciado del ejército, que comenzó a abrumar a multas a los colonos.

A pesar de todas las precauciones de Pakhom ya era un caballo que se mete en un campo de avena, ya la vaca que penetra en el jardín, o los terneros que entran en la pradera, y por todo ello multa al canto.

Pakhom pagaba, juraba, y castigaba a los suyos. Durante todo aquel verano tuvo que sufrir muchas vejaciones del administrador, por lo cual vió con sumo gusto que volvía el tiempo de recoger el ganado, aunque lamentase el tenerlo que mantener; pero al menos ya no tenía miedo a las multas y estaba tranquilo.

Durante el invierno circuló el rumor de que la *barinia* vendía sus tierras y que el *dvornik* del camino real quería comprarlas.

Esto impresionó dolorosamente a los mujiks.

—Si la tierra vuelve a manos del *dvornik*—se decían,—aún nos va a tratar peor que la *barinia*. Los campesinos, representados por los jefes de cada familia, fueron en masa a suplicar a la señora que no vendiese sus tierras al *dvornik*, sino a ellos, que estaban dispuestos a pagarlas más caras. Consintió la *barinia* y los mujiks se concertaron para que la compra la efectuase el *mir*.

(3) Reuniéronse una, dos veces, y el asunto casi no se arreglaba porque el diablo los dividió y les era imposible llegar a un acuerdo. Por último decidieron comprar cada uno su parte, en la medida de sus recursos, y también accedió a ello la *barinia*.

Pakhom supo que un su vecino había comprado veinte deciatinas y que la *barinia* le había concedido que pagase por años la mitad del precio de las tierras y esto excitó su envidia.

—Van a quedarse con toda la tierra—se dijo—y yo sin nada.

Entonces consultó con su mujer.

—Todo el mundo compra—le dijo—y es preciso que nosotros compremos también una docena de deciatinas, porque de otro modo no podríamos vivir; ese administrador nos ha arruinado en fuerza de multas.

Luego reflexionó acerca del modo de hacer la adquisición.

(1) Mujer perteneciente a la nobleza.

(2) Aproximadamente 121 hectáreas.

(3) *Mir* es la asociación de jefes de familia que rige los asuntos de la agrupación rural; especie de Municipio.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ P.

Cirujano Dentista

SAN JOSE, COSTA RICA - APARTADO 1252

TELEFONOS: 2552 Oficina - 4201 Habitación

Tenía ahorrados cien rublos, y vendiendo el potro, la mitad de las abejas, y colocando a su hijo como mozo de labranza en una granja, pudo reunir la mitad de la suma.

Pakhom tomó el dinero, escogió quince deciatinas de tierra con un pequeño bosque, y fue a casa de la *barinia* a cerrar el trato, dejando una cierta cantidad como señal. Fué a la ciudad para hacer la escritura de venta, y en ella hizo constar que daba la mitad del importe al contado, y en cuanto al resto se comprometía a pagarlo en dos años. Con esto Pakhom fué dueño de aquella tierra.

Para comprar semillas pidió dinero a su cuñado; pero tan bien se dió la cosecha, que en sólo un año pagó la deuda a la *barinia* y a su pariente, y quedó como verdadero propietario. Al fin trabajaba en terrenos de su exclusiva pertenencia, en sus entrañas clavaba la reja del arado, y en ellos la diestra mano del sembrador hacía caer la lluvia de grano que la fecunda savia de la madre tierra había de devolver centuplicada, y también de sus tierras procedían los maderos y la leña que, pródigo, su bosquecillo le brindaba.

Cuando Pakhom va a labrar su terruño, cuando mira cómo crece su trigo y cómo el verdor cubre sus prados, la alegría le transfigura y le parecen sus plantas diferentes de las que nacen en las ajenas fincas y sus flores más bellas que las que brotan en los demás campos. En otro tiempo, cuando aquello no era suyo, le parecía que nada tenía de extraordinario; pero ahora cada día descubre nuevas cualidades en sus tierras.

III

Así vivía Pakhom dichoso. Todo iba bien, cuando los mujiks comenzaron a entrarse por los trigos y los prados de Pakhom, y aun cuando él les rogaba que no lo hiciesen, ellos continuaban sus intrusiones. Unas veces los pastores dejaban a las vacas entrar en los prados, otras eran los caballos los que arrollaban los trigos, y Pakhom se contentaba con echarlos y les perdonaba, sin querer llevar el asunto ante la justicia.

Acabó por enfadarse y fué en queja al tribunal de la comarca, aun cuando sabía que los mujiks no lo hacían por mala voluntad, sino porque estaban estrechos.

—Si los perdono siempre—pensaba,—acabarán por comerse cuanto poseo. Es preciso asustarlos para que tengan cuidado.

Hizo, en efecto, un primer ejemplo, y luego un segundo, llevando ante el tribunal a otro mujik. Los campesinos colindantes a Pakhom se disgustaron contra él, y entonces enviaban expreso a sus ganados a pacer en las tierras de aquél. Una noche fué uno al bosquecillo y cortó una docena de tilos para aprovechar la corteza. Al atravesar la floresta advierte Pakhom algo

Distinguida y fina
es siempre la Cerveza GAMBRINUS

blanquecino por el suelo, se acerca, ve por tierra unos tilos descortezados. Sólo quedaban plantadas las raíces. ¡Y si todavía no hubiesen cortado más que los árboles de la orilla! ¡Si al menos hubieran respetado alguno! Pero no: el salteador los había cortado todos.

—¡Ah!—decía,—¡Si yo supiera quién ha hecho esto no le quedarían ganas de volver!

Comienza a pensar y se le ocurre que no puede haber sido otro que Seman. Va al corral de éste; pero nada encuentra. Riñe con Seman y se persuade aún más de que éste es el autor de la fechoría. Le cita a juicio y el mujik es absuelto por falta de prueba.

Pakhom se irritó aún más y llegó a decir al *starschina* (1) y al juez:

—Estáis protegiendo a los ladrones. Si cumplirais con vuestro deber no absolveríais a esa gente.

Pakhom se enfadó también con sus vecinos, y éstos al fin acabaron por amenazarle con el incendio. Pakhom podía vivir en sus tierras con holgura; pero mal visto por los mujiks, se sentía estrecho en aquella zona.

En estos momentos circuló el rumor de que el pueblo emigraba.

—Yo—dijo Pakhom—no necesito abandonar mis tierras; pero si algunos de los nuestros se fueran, los demás tendríamos más espacio. Compraría su tierra, la añadiría a las mías y viviría mejor, porque me encuentro muy apretado aquí.

Un día en que Pakhom estaba en su casa, entró en ella un transeunte que pidió hospitalidad.

Se le dejó que pasara allí la noche, se le dió de comer y luego le preguntaron a dónde iba. El mujik repuso que venía de allá abajo, de las orillas del Volga. De hilo en ovillo, el mujik cuenta cómo su pueblo ha emigrado a aquellas tierras. Los suyos se han establecido allí, se han inscrito en el municipio y se les ha distribuído diez deciatinas por persona.

—Y la tierra es tan buena—dijo,—que cuando se siembra en ella centeno, nacen unas espigas con unos tallos tan altos y tan espesos que cubren a los caballos. Cinco puñados de espigas forman un haz. Un mujik pobre que llegó con sólo sus brazos, labra ahora cincuenta deciatinas de tierra de pan llevar. El año último vendió su trigo en cinco mil rublos.

Y Pakhom pensaba con el corazón lleno de entusiasmo:

—¿Por qué he de vivir aquí estrecho cuando puedo estar mejor en otra parte? Yo vendería tierra y casa, y con el dinero que me produje-

ran, edificaría allá abajo y me establecería allí, mientras que quedarme aquí donde me encuentro tan estrecho es un pecado. Lo único que hace falta es que yo vaya a informarme en persona.

Hacia el verano se preparó y partió. Hasta Samara descendió el Volga en un barco de vapor; luego recorrió cuatrocientas verstas a pie, y por fin llegó adonde se proponía. Era, en efecto, cierto lo que le habían dicho. Los mujiks viven allí cómodamente. El municipio, muy hospitalario, da a cada persona diez deciatinas de tierra y el que llega con dinero puede, además del terreno concedido, por un cierto tiempo, comprar tierra a perpetuidad, a razón de tres rublos la deciatina, y aun eso, tratándose de terrenos de primera y pudiendo, además, adquirir tantos como deseara.

Pakhom se informó de todo esto, volvió a su casa hacia el otoño y se dispuso a vender sus bienes. Realizó su tierra con ventaja, vendió su casa, su ganado, se hizo borrar de las listas municipales, aguardó a la primavera y se fué con su familia hacia el nuevo país.

IV

Llega Pakhom con su familia y se inscribe en una gran aldea, convida a beber a los antiguos, según costumbre, y se pone en regla. Se recibe a Pakhom en debida forma y se le conceden, por las cinco personas que constituyen su familia, cincuenta deciatinas de tierras en diferentes lotes, sin contar los pastos. Pakhom edificó su casa y compró ganado. Ahora posee, sólo en tierras concedidas, dos veces más de lo que tenía antes. Sus terrenos son fértiles, su vida en comparación de la que antes hacía, es diez veces mejor. Entre tierras de labor y de pastos, tiene tanto como quiere.

Al pronto, y mientras edificaba y hacía su instalación, todo le parecía hermoso; pero cuando hubo vivido allí algún tiempo, ya se le figuró mezquino. Deseaba, como los demás, sembrar trigo blanco, el trigo turco, y precisamente, de la tierra a propósito tenía poca en sus dominios. El trigo blanco se siembra en tierra virgen, en donde crecen los tallos plumosos o en tierra de barbecho. Se la cultiva un año o dos y se la deja de nuevo hasta que esté en condiciones de dar nueva cosecha. De la tierra ordinaria, tenía de sobra; pero en ella no se daba más que el centeno, pues el trigo necesita tierra fuerte, muy solicitada por todos, y como escaseaba, se la disputan todos con empeño. Los más ricos quieren labrarla por sí mismos, y los más pobres la venden para pagar sus contribuciones. El primer año

sembró Pakhom trigo viejo en sus tierras y se dió bien, pero deseaba sembrar mucho y la extensión no se lo permitía. Como las restantes no eran buenas para aquello, quería mejorar su concesión, y para ello fue a casa de un comerciante con objeto de tomarle en arriendo tierra por un año. Sembró más y se dió bien; pero el campo estaba lejos del pueblo, tanto, que para llegar a él había que andar una quincena de verstas. Advirtió Pakhom que en aquel país los comerciantes campesinos tenían casas de campo y se enriquecían.

—He aquí—pensaba—cómo estaría yo si hubiera podido comprar tierra a perpetuidad y edificar casas de campo. Tendría todos mis terrenos a la mano.

No dejaba de pensar en los medios de adquirir la tierra a perpetuidad.

Así vivió Pakhom cinco años. Arrendaba la tierra y sembraba el trigo, los años eran buenos, el trigo se daba bien, y él ganaba dinero. No había más que continuar; pero le molestaba arrendar todos los años la tierra, porque donde quiera que había una buena, los demás acudían para tomarla, y si no llegaba a tiempo no hubiera tenido donde sembrar. Alguna vez le ocurrió también que después de haber arrendado un campo y haberlo labrado, los mujiks reclamaron en justicia contra él y perdió todo el trabajo hecho. Si la tierra hubiera sido suya todo hubiera ido perfectamente.

Pakhom se informa en dónde comprar tierra a perpetuidad y encuentra a un mujik que poseía quinientas deciatinas, se había arruinado y vendía barato. Pakhom habla con él, regatea y al fin llegan a un acuerdo vendiendo la propiedad el primero en mil quinientos rublos, pagaderos mitad al contado y mitad a plazos. Ya estaba cerrado el trato, cuando cierto día se detuvo en casa de Pakhom un negociante a dar de comer a sus caballos. Le invitó a tomar té, hablaron y el negociante refirió que venía del territorio de los Baschkirs. Allí, decía, había comprado cinco mil deciatinas, y sólo le habían costado mil rublos. Pakhom preguntaba y el negociante respondía.

—Para esto no he tenido que hacer más—añadió el comerciante—que halagar a los que ya se hallaban establecidos en el país. Les regalé vestidos y tapices por valor de cierta cantidad de rublos, una caja de té y ofrecí de beber a todo el que quisiera. Entonces pude comprar a razón de veinte copeks la deciatina. Al decir esto enseñaba el contrato de venta.

—La tierra—continuó—está situada al lado de un riachuelo, y por todas partes crecen los dorados tallos del trigo.

Pakhom no se cansaba de preguntar los más minuciosos detalles de todo.

—Hay tierra—decía el negociante—en tal extensión, que no es posible recorrer su contorno ni aún andando un año. Todo aquello es de los Baschkirs, que son inocentes como corderos; se podría adquirir sus tierras hasta de balde.

—¡Ah!—se dijo Pakhom—¿Para qué comprar con los mil rublos que poseo quinientas deciatinas y quedar aún debiendo, mientras que con el mismo dinero podré comprar Dios sabe cuánto?

V

Se enteró Pakhom del camino que había de seguir para llegar a aquellas tierras, y en cuanto hubo despedido al negociante hizo sus preparativos de marcha. Dejó la casa al cuidado de su esposa, y partió con su criado.

Fueron por de pronto a la ciudad a comprar una caja de té, regalos, vino y todo lo que el

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

negociante le había dicho. Luego se pusieron en marcha, y habían recorrido ya quinientas verstas, cuando al séptimo día llegaban a un campamento de Baschkirs. Todo era, en efecto, tal y como el negociante le dijera. Los Baschkirs vivían en la estepa, cerca del arroyuelo, bajo tiendas de tela de lana. No cultivan la tierra, ni comen pan, y pasan la vida recorriendo la estepa con sus caballos y sus rebaños.

Detrás de las tiendas están atados los potros, y se les lleva a sus madres dos veces por día. Se ordeña a las yeguas, y de su leche, se hace el kumis. Las mujeres baten el kumis y hacen queso. Los mujicks no saben más que beber kumis y té, comer carne de carnero y tocar la flauta. Todos están robustos, alegres, y pasan el verano en continua fiesta. Este pueblo es en absoluto ignorante, no conoce el ruso; mas a pesar de su ignorancia es afable y hospitalario.

A la vista de Pakhom, los Baschkirs salieron de sus tiendas y rodearon al recién venido. Había entre ellos un intérprete, y por medio de él, les hizo saber Pakhom que venía para adquirir tierras. Los Baschkirs le festejaron y le alojaron en una bonita tienda de campaña. Instaláronle sobre blandos tapices, le cubrieron de edredones de pluma y le invitaron a tomar té y kumis. Se sacrificó un carnero y con su tierna carne agasajaron al recién llegado.

Pakhom sacó de su carro los regalos que traía y los distribuyó entre sus huéspedes. Estos, locos de contento, charlaban entre sí; luego ordenaron al intérprete que tradujera lo que decían.

—Me mandan decirte—exclamó el intérprete—que te han tomado afecto y que tenemos por costumbre tratar a un huésped lo mejor que podemos y devolver regalo por regalo. Tu nos has obsequiado con presentes y ahora vas a decirnos lo que deseas para que nosotros te lo demos en cambio.

—Lo que más me agrada—repuso Pakhom—es vuestra tierra. En nuestro país no estamos bien porque hay poca y está agotada, mientras que aquí tenéis mucha y buena. Jamás he visto ninguna semejante.

El intérprete tradujo lo dicho por el mujik, los Baschkirs volvieron a conversar entre ellos, y aunque Pakhom no entendió lo que decían, vió que estaban contentos, que gritaban no sé qué y reían como descosidos. Luego se callaron, volvieron a mirar a Pakhom y el intérprete dijo:

—Me encargan te manifieste que por tu generosidad se te dará con gusto tanta tierra como quieras. No tienes más que señalar con el dedo la que deseas y será tuya.

Volvieron aquellas gentes a hablar entre sí y a discutir y Pakhom preguntó de qué trataban, a lo cual repuso el intérprete:

—Dicen unos que hay que dar conocimiento de esto al starschina, porque sin su intervención no es posible hacer la cesión y otros aseguran que puede prescindirse de él.

VI

Mientras los Baschkirs discutían, apareció de pronto un hombre con gorra de piel de zorro. Todos enmudecieron y se levantaron.

—Ese es el starschina—dijo el intérprete.

Pakhom cogió en el acto su más bello traje y se lo ofreció al jefe baschkir, en unión de cinco

libras de té. Aceptó el starschina y se colocó en primera fila. Inmediatamente los Baschkirs le sometieron el asunto y él escuchó sonriente, y luego dijo:

—Pues bien, será como tú deseas. Aquí hay mucha tierra y puedes elegir la que tú quieras.

—¿Cómo podría tomar toda la que deseo?—se preguntaba Pakhom.—Es preciso que se me conceda en debida forma, porque si no me dirán: "Esto es tuyo", y luego me lo quitarán.

Movido por esta idea, dijo el starschina:

—Os agradezco vuestras frases amables. Vosotros tenéis terrenos de sobra y yo no necesito muchos. Se trata solamente de saber qué tierras serán mías y para ello es preciso, de un modo u otro, marcar sus límites y regularizar la cesión, porque todos somos mortales. Vosotros, buenas gentes, las dais, pero puede suceder que vuestros hijos las quiten.

El starschina se echó a reír.

—¡Como quieras!—dijo.—Lo haremos de manera que no haya nada tan en regla.

Y Pakhom añadió:

—He oído decir que ha venido hasta aquí un negociante y que le habéis vendido terrenos por medio de un contrato; pues bien, me daréis a mí otro.

El starschina comprendió lo que Pakhom quería.

—¡Conformes!—dijo. Tenemos un *pissar* (*), pues iremos a la ciudad, levantaremos acta y se pondrán en ella los sellos necesarios.

—¿Y cuál será el precio?—preguntó el mujik.

—Nuestro precio es único: mil rublos por jornada.

Pakhom no entendió aquella manera de medir las tierras.

—Y ¿cuántas deciatinas hará la jornada?—No podemos precisarlo; pero nosotros lo que vendemos es una jornada de tierra. Todo lo que abarques marchando durante una jornada será tuyo, y el precio de ello será mil rublos.

—¡Pero en un día—dijo Pakhom sorprendido—se puede rodear mucha tierra!

El starschina se echó a reír.

—Pues toda será tuya—repuso;—pero con una condición: si no vuelves en una jornada al punto de partida, pierdes tu dinero.

—Y ¿cómo poner jalones por los puntos donde pasé?

—Nos colocaremos en el sitio que te plazca y allí permaneceremos mientras tú das la vuelta.

(*) Especie de notario.

En SAN JUAN de PUERTO RICO consigue usted la suscripción a este seminario con:

A. VICENTE & Co.
P. O. Box 241

En CARACAS, la consigue con:

Dña CELIA DE MADURO
Apartado 481.

Nuestros criados te seguirán a caballo y allí en donde tú ordenes plantarán jalones, y luego de un jalón a otro trazaremos un surco con el arado. Puedes hacer el recorrido tan grande como quieras, pero ten presente que has de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Todo lo que encierres en tu carrera será tuyo.

Pakhom se avino a ello, y se decidió que la partida comenzase al alba siguiente. Se habló todavía un poco, se bebió kumis, se cenó carne de carnero y se volvió a tomar té.

Dieron a Pakhom un colchón de pluma y luego los Baschkirs se retiraron después de haber prometido reunirse al día siguiente, al amanecer, y marchar al sitio convenido antes de la salida del sol.

VII

Se acostó Pakhom sobre el colchón de pluma, pero no pudo dormir. Tenía siempre lo de la tierra en la imaginación.

—¡Lo que he conseguido!—pensaba. Voy a tener mañana un hermoso dominio, porque en una jornada puedo muy cómodamente andar cincuenta verstas, ya que el día, en esta estación, es tan largo como un año. Cincuenta verstas de perímetro harán seguramente, unas diez mil deciatinas. Ahora sí que no tendré que inclinarme ante nadie. Ya me procuraré bueyes para dos arados y además tomaré mozos. Cultivaré la parte que me plazca y sobre el resto dejaré paecer el ganado.

En estas cavilaciones pasó la noche y hasta poco antes del alba no quedó medio dormido, y apenas comenzó a adormecerse cuando tuvo un ensueño.

Se vió acostado bajo la tienda en que estaba y oyó que alguien reía hasta desternillarse. Queriendo saber quién era el que de aquel modo tan estruendoso manifestaba su regocijo, se levanta, sale de la tienda y ve al propio starschina de los Baschkirs sujetándose el vientre con ambas manos y riendo a mandíbula batiente. Se aproxima y pregunta: "De que te ríes? Entonces ve que aquel hombre no es ya el starschina baschkir sino el negociante que fue a su casa a hablarle de las tierras; y ya tampoco era el negociante sino el mujik que primero fue a verle. Y por último, advierte Pakhom que tampoco es el mujik sino el diablo en persona con sus cuernos y sus pies de cabra, riendo a más no poder y mirando atentamente algo. Y entonces piensa Pakhom: ¿Qué mirará? ¿de qué se ríe? Va de aquel lado para ver lo que era, y se encuentra un hombre tendido, con los pies desnudos, en camisa y calzoncillos, boca arriba y blanco como la nieve. Fija su vista Pakhom en el muerto y ve que es él mismo: en aquel momento lanza una exclamación y se despierta.

Al despertarse piensa: "¡Quién hace caso de sueños!" Se vuelve de otro lado y ve que comienza a clarear.

—Hay que despertar a los demás y partir—se dice.

Y Pakhom se levanta, llama a su criado, le da la orden de enganchar y va a despertar a los Baschkirs.

Estos se levantan, se reúnen, acude el starschina y se pone a beber kumis. Ofrecieron té a Pakhom; pero éste no quiso entretenerse.

—Puesto que hay que partir, partamos—dijo.—Ya es hora.

Reuniéronse los Baschkirs, montaron unos a caballo, y otros en carros y partieron. Llegaron a la estepa y la aurora comenzaba a apuntar cuando subieron a una pequeña colina. Los Baschkirs se apearon de sus carros y se reunieron en un solo grupo. El starschina se acercó a Pakhom y mos-

Construcciones - Medidas Fincas

APARTADO 523

TELEFONOS 3201 y 2929

SAN JOSÉ, COSTA RICA, A. C.

Rafael E. Roig V.

INGENIERO

Copias Heliográficas

OFICINA: Calle 3.

Avenidas 1 y 3.

100 vs. Norte de La Tribuna

trándole con la mano el país, le dijo:

—Todo cuanto la vista alcanza nos pertenece. Escoge, pues, la parte que más te convenga.

Brillaron los ojos de Pakhom. Toda la tierra estaba cubierta de tallos, llana como la palma de la mano, negra como la semilla de la adormidera, y hasta las ramblas estaban cubiertas de hierbas diferentes, pero altas hasta el pecho.

El starschina se quitó su gorra de piel de zorro y la puso sobre lo más alto de la colina.

—Este—dijo—será el punto de partida. Tu criado va a quedarse aquí. Deposita el dinero. Vuelve y aquello que hayas abarcado en tu carrera, te pertenecerá.

Sacó Pakhom el dinero, lo puso en la gorra del starschina, se quitó el caftán y no conservó más que el *poddiotka* o túnica ligera. Se ciñó fuertemente el cinturón, tomó un saquito con pan, ató al cinturón una botella con agua, se estiró las botas y se dispuso a partir. Estaba indeciso acerca de la dirección que había de tomar; pero como por todos lados la tierra era buena, se dijo:

—Puesto que por todas partes la tierra es igual, iré del lado de donde salga el sol.

Se colocó entonces en la dirección de Oriente y esperó la salida del astro del día. En tanto pensaba lo siguiente:

—No hay que perder tiempo: con el fresco la marcha es más fácil.

Los Baschkirs, a caballo, estaban preparados para seguirle. En cuanto el borde del astro rey asomó por el horizonte, echó a andar Pakhom y penetró en la estepa, seguido de los jinetes.

Iba el mujik con paso igual, ni lento ni rápido. Recorrió una versta, dijo que pusieran un jalón y continuó su camino. Cuando empezó a animarse aceleró la marcha. Después de haber andado algún camino, ordenó que pusieran otro jalón. Pakhom se volvió y pudo ver perfectamente la colina, y en ella reunidos a los Baschkirs.

Calculó el mujik que ya había recorrido cinco verstas, y como estaba sofocado, se quitó la túnica, se ciñó nuevamente el cinturón y continuó andando. Franqueó otras cinco verstas; hacía calor, miró al sol y vió que era la hora del almuerzo.

—Ya he hecho—se dijo—una cuarta parte de la jornada y como quedan tres aún, no me parece tiempo de volver. Pero voy a quitarme las botas.

Se sentó, se quedó descalzo y prosiguió su camino. Iba muy animado pensando:

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus vestidos de estilo sastre, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO

50 varas al Sur de la Cantina Chelles, Paseo de los Estudiantes

TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Teatro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al Mercado, diagonal a Manuel Alfaro: Teléf. 91.

—Voy a andar todavía cinco verstas en línea recta y torceré a la izquierda. El sitio es admirable y cuando más avanzo mejor es.

Siguió, pues, todo derecho: se volvió y apenas pudo ya columbrar la colina. Las gentes que en ella había le parecían insectos.

—Ahora—se dijo Pakhom—ya es tiempo de volver de este lado. Ya he tomado bastante tierra.

Estaba bañado en sudor y sentía una sed abrasadora. Pakhom se puso la botella en los labios y bebió sin detenerse. Ordenó que pusieran otro jalón y dió vuelta a la izquierda. La yerba era alta y el calor sofocante y Pakhom comenzaba a fatigarse. Miró al sol y vió que era llegado el momento de comer.

—Pues nada—se dijo—hay que descansar.

Se detuvo el ambicioso, comió un poco de pan; pero no se sentó.

—Si me siento—se dijo—acabaré por acostarme y quedarme dormido.

Se detuvo un momento, respiró y siguió la marcha. La comida le había devuelto las gastadas fuerzas y comenzó a caminar a paso acelerado, pero hacía mucho calor y le invadía el sueño. Pakhom estaba rendido, pero se decía:

—Es una hora de sufrimiento a cambio de un siglo de buena vida.

Aún marchó de aquel lado durante unas diez verstas; iba a volver a la izquierda cuando vió una fresca cañada.

—Sería lástima—pensó—dejarla afuera. Aquí se dará bien el lino.

Y continuó marchando en línea recta abarcando la cañada en la cual plantó un jalón e hizo un segundo ángulo, volviéndose hacia la colina. Apenas se distinguía la gente que había en ella. Debía distar de allí lo menos quince verstas.

—He alargado en exceso los dos primeros lados—pensó y es preciso que éste sea más corto.

Recorrió el tercer lado apretando el paso. Miró al sol y le vió próximo a declinar. No había más que dos verstas del tercer lado y la meta se hallaba aún a quince.

—Mi finca no va a ser regular—pensaba—pues hay que ir derecho al límite, porque ya tengo bastante tierra.

Y Pakhom marchó derecho a la colina.

y VIII

El mujik se dirige al punto de partida; pero está rendido. Los pies no le dejan andar. Los lleva destrozados y siente que le flaquean las piernas. Descansaría de buena gana un poco; pero no puede si ha de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Y éste no espera; al contrario, parece que alguien le empuja hacia el límite del horizonte.

—¡Ay de mí!—pensó Pakhom—tal vez me he equivocado abarcando demasiado terreno. ¿Qué va a ser de mí si no llego a tiempo? ¡Qué lejos está aún y qué fatigado estoy! Con tal que no haya perdido en vano mi dinero y mi trabajo. Hay que hacer lo imposible.

Pakhom echa a correr destrozándose los pies hasta saltarle la sangre, pero sigue trotando. Corre, corre, pero aún está lejos. Tira su túnica, sus botas, su botella y su gorro.

—¡Ay!—pensaba—he sido demasiado ambicioso y he perdido esta ocasión. No podré llegar antes de la puesta del sol.

Y de miedo se le cortó la respiración. Siguió corriendo el ambicioso; el sudor pega a su piel el vestido, tiene la boca seca, su pecho se levanta como un fuelle de fragua, su corazón golpea como un martillo contra su pecho, y no siente ya los pies.

Vacila. Ya no piensa en las tierras, sino en mo-

rir de cansancio. Tiene miedo a la muerte, pero no se puede detener.

—He corrido ya tanto—se decía—que si ahora me detengo, van a tratarme de idiota.

Oye a los Baschkirs silbar y gritar. Al oír estos gritos su corazón se inflama aún más, sigue corriente y gasta sus últimas energías. El sol parece que se oculta a propósito, y, sin embargo, el final de la carrera ya no está lejos. Pakhom ve ya a las gentes que hay en la colina. Se le hace señas con la mano para que se apresure. Ve también en el suelo la gorra con el dinero y al starschina sentado en tierra apretándose el vientre con las manos. Pakhom recuerda su ensueño.

—He cogido mucha tierra—se dijo.—¿Me permitirá Dios que viva? Creo que me he perdido yo mismo.

Continúa corriendo. Mira al sol, y le ve rojo, agrandado; se acerca al límite de la tierra, ya su borde se oculta tras las estepas.

—¡Ay!—exclama Pakhom—Creo que todo está perdido;—pero recuerda que si desde abajo no ve ya el sol, el astro aún no está oculto para los que están en lo alto de la colina.

Sube rápidamente, ve la gorra, ¡hela aquí!, da un mal paso, cae, y con la mano alcanza el birrete del starschina.

—¡Bravo! ¡valiente!—exclama éste—¡te has ganado mucha tierra!

El criado de Pakhom acude y quiere levantar a su amo; pero ve que la sangre le fluye de su boca. Está muerto. El starschina incorporándose prorrumpie en carcajadas y se sujeta el vientre con ambas manos... se levanta, coge del suelo un azadón y se lo da al criado.

—Toma—dice;—entiérrale.

Todos los Baschkirs se levantaron y se fueron.

Quedó sólo el criado y abrió a Pakhom una fosa de la longitud justa del cadáver: tres arquinas de la cabeza a los pies, y allí lo enterró.

Honramos a los inventores

En lo que respecta a nuestras ceremonias y ritos, tenemos dos galerías muy largas y muy bellas: en una colocamos modelos y muestras de toda clase de las más raras y excelentes invenciones; en la otra colocamos las estatuas de los principales inventores. Tenemos allí la estatua de vuestro Colón, que descubrió las Indias Occidentales; también está la estatua del inventor de los buques; vuestro monje que inventó la pólvora y los cañones; el inventor de la música; el inventor de las letras; el inventor de la imprenta; el inventor de las observaciones astronómicas; el inventor de los trabajos en metales; el inventor del vidrio; el inventor de la seda de gusano; el inventor del vino; el inventor del trigo y del pan, el inventor de los azúcares; y todos aquellos a quienes honramos, por una tradición más fidedigna que la vuestra. Además, tenemos nuestros propios inventores, que nos han dejado excelentes obras y que, como las has visto, sería demasiado largo hacer una descripción de ellas. Y, por otra parte, podrías equivocarte fácilmente al tratar de interpretarlas. Por cada invención valiosa elevamos una estatua al inventor y le ofrecemos una honrosa recompensa. Algunas de estas estatuas son de bronce, otras de mármol y de piedra de toque; algunas son de cedro y otras maderas especiales doradas y adornadas. Las hay también de hierro, algunas de plata y otras de oro.

(Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*. Losada. Bs. Aires. 1941.)

El ajedrez de los Césares

(De *El Nacional*, México D. F., 12-VIII-41).

Uno de los relatos más profundos de Tolstoy, es *Pakhom el mujik*. Es una adaptación del apólogo parsi, que entraña la educación del deber y pone freno a la ambición inmoderada de los hombres. Sobre él, con acierto, trazó el apóstol mesiánico de Yasnaia Polyana, estas palabras que encierran la clave del apólogo: "¿Hace falta mucha tierra para un hombre?" Pakhom ambicionó mucha tierra. Escuchó la oferta de los dueños de un erial inmenso, que premiaban el esfuerzo humano, con todo el agro que pudieran acotar personalmente, en una jornada de sol a sol. Pakhom se lanzó al campo, encendido de codicia. Así anduvo muchas horas. Luchó contra los elementos naturales, el sol, el aire cálido, la aspereza de los berruecos campestres, su propia sed y su propia fatiga muscular. Cuando, casi transcurrida la jornada, anheló el retorno, vió con angustia que aún le faltaba limitar la vasta extensión recorrida. Y con un ansia infinita de codicia, volvió sobre sus pasos, hasta lograr, al véspere, acotar el horizonte, domeñado por su pie sangrante. Al punto de recibir el premio y el título de propiedad, cayó al suelo, con los pulmones exhaustos y el corazón deshecho. Fue enterrado de limosna en el mismo campo de su hazaña. Y cuenta la leyenda que sobre su tumba—unos cuantos pies de largo y ancho—los jueces del original torneo escribieron unas palabras elocuentes: "Poca tierra basta para un hombre".

Ante los episodios de la ambición militarista del Mundo, que día por día sueña con poseer la Tierra entera, acotándola en paso feroz, en desenfrenada carrera carnífera, nos preguntamos, como Tolstoy antaño: "¿Hace falta mucha tierra para un pueblo?" Si retrotraemos la mirada escrutadora, al año 1918, observamos cómo se inician los propósitos imperialistas germánicos, que intuyeron en toda su vastedad futura, Federico de Prusia y Bismarck. En junio de 1918, cuando Alemania confiaba aún en su imposible victoria sobre los aliados, en Berlín, el conde Room, jefe de una fuerte facción nacionalista, publicada en el *Kolnische Zeitung* el programa de las múltiples Ligas Anexionistas de la social-democracia. Era la ambición de Pakhom el mujik. Anexión de Bélgica y la costa flamenca, hasta Calais. Anexión de las cuencas mineras de Briey, Toul, Belfort, Verdún, Alsacia Lorena y Rhenania. Devolución de todas las colonias africanas y asiáticas. Cesión, por Inglaterra, de importantes bases navales y flota de guerra. Gibraltar para España, con un amistoso control germano, para evitar la llave del Mediterráneo. Ocupación indefinida de Francia y Bélgica, hasta la consumación de las condiciones de paz. Por otro lado, anexión de Polonia y Austria. Dinamarca sería base permanente de Alemania. ¿En qué relación han variado estos trágicos puntos, con los hechos consumados en la contienda actual? Son absolutamente idénticos. El espíritu de ambición imperialista fomentado por Federico de Prusia y Bismarck, se acrisoló en Guillermo II, Moltke, Hindenburg, Von Tirpitz y Mackensen y continúa su tradición con los hombres que hoy gobiernan el país más feudal del mundo. Desde los tiempos napoleónicos, Alemania soñó con el pre-

dominio de Europa. Su plan consistía en desplazar a Rusia de los Balkanes; en absorber a Austria, Hungría, Polonia y Checoslovaquia y dar el golpe final con Italia, su aliada convencional. Dominada Italia y uncida al carro triunfal del César, Turquía, Alemania era dueña del Báltico y el Mediterráneo, con aspiraciones al inmediato dominio del mar Rojo y por ende, de las rutas del Oriente. Sobre Persia, Afganistán y el Irak, la astuta diplomacia germana ha ido tendiendo sutiles redes contractuales, fundando empresas comerciales, con primacía de acciones alemanas, para controlar en un momento dado, el petróleo de Asia. El plan secreto alemán, fue siempre aplastar a Rusia y absorber el predominio del Báltico, que considera como un lago doméstico. El plan germano, es pues, antiguo. Todos los tratados de paz y comercio suscritos desde 1860, han tendido a consolidar el predominio en Europa, para desplazar a Inglaterra del poder y mercados de Asia. La política del Eje, no es sino la práctica de ese vasto plan, a cambio de una vanidad colonial para la viaje y vencida Italia, y manos libres en China y Siberia para el Mikado.

Las enseñanzas de la Historia son en verdad notables. Abrimos *Los recuerdos del canal de Suez* de los novelistas franco-germanos Erckman-Chatrion, y hallamos alusiones preciosas a tópicos que hoy son de rigurosa actualidad. Habla el holandés Vanden Berg, frente a las colosales obras de Suez: "La partida está empeñada. El juego primero lo han ganado los alemanes que han echado en un rincón a Austria. El segundo lo jugarán contra Francia. Y es indudable que lo ganarán también, pues hace cincuenta años que se están preparando. El tercer juego se lo disputarán a Inglaterra y el precio de la partida es Holanda. Suponiendo que los alemanes derrotan a Francia, gracias a su estupenda organización, preparada durante medio siglo ¿cómo podrán luchar contra los ingleses en el mar, si carecen de armada? Cuando se tienen costas, puertos, marinos, madera, hierro y carbón, pronto se tienen navíos, cañones y todo lo que se precisa, para atravesar un brazo de mar tan estrecho como el Canal de la Mancha. Añadir a esa fuerza, los ríos, puertos y poder naval de Holanda, y os daréis cuenta de la verdadera situación de Prusia. El único provecho real de los prusianos, será la riqueza y para ella, les hacen falta una buena marina y colonias. No tendrán más remedio que vérselas con los ingleses, pues como dijo Bismarck "las grandes cuestiones hay que resolverlas con las armas". Vemos en estas palabras proféticas, escritas hace un siglo, una admirable pintura de la situación actual, análoga a la de 1860. Respecto a Rusia, la intuición de Erckman-Chatrion, es semejante: "Alemania diría a Rusia: Vuestro papel está allá abajo, en Asia. Aduenáoos de Constantinopla si podéis. Eso nos distraerá mientras nosotros nos las entendemos con los ingleses. Pero tenemos que arreglar unas cuentas respecto a Livonia, Curlandia y Esclavonia". Hoy, Alemania atrastra a Rusia, no sólo a la pérdida de su libertad sino a la ruptura con Turquía, su protegida secular, bajo el pretexto rumano, para atacar con más soltura a su más temible rival, Inglaterra. La gran vía fluvial de Suez, es la meta principal del conflicto del Medio Oriente. Por el dominio de ese camino acuático, penetró Italia en Etiopía y Somalia, con el estéril prurito de sostener que el Mediterráneo es un simple lago italiano, y no una ruta del Mundo. Esa meta y las colonias asiáticas cons-



(Punch)

tituyen el desideratum expansionista germano. Por ellas se ha reproducido el plan absorbente entrevisto en 1814, cuajado en parte en 1860, revivido en 1918 y finalmente renovado con mayores bríos en 1937. Francia e Inglaterra, cometieron el más grande yerro histórico de la era actual, al no intuir que el entronizamiento en España del régimen militar espúreo de Franco, era el primer juego del funesto ajedrez mundial de dominación. España en manos de su legítima República, hubiera sido, aun con una neutralidad leal, base de aprovisionamiento y en caso necesario, llave maestra del destino. El tremendo juego de ajedrez sigue su curso, en detrimento de todos los valores morales del Hombre. La cruz ganada del feudalismo tiránico y las fasces del lictor romano, símbolo de poder y autoridad cesárea, auspician para el Mundo una era de terror y una claudicación de la Libertad. Acuden a nuestros labios, aquellas sabias palabras de Tomás Moro, en su *Utopía*: "¿Y si también dijera yo, demostrando al monarca, que todas esas aventuras guerreras, al sacudir tantas naciones, dejan los tesoros exhaustos, destruyendo los pueblos y pueden conducir a una hecatombe? ¿Por qué no ocuparse únicamente del reino de sus antepasados, haciéndolo prosperar, amando a sus súbditos y haciéndose amar por éstos, dejando en paz a los otros reinos, cuando el que posee, basta y aún sobra?"

He aquí, cómo en el fatídico ajedrez de los actuales Césares que amenaza con destruir la armonía universal, con un horizonte lúgubre de carnicería, rapacidad, despotismo y muerte, es preciso que las democracias del Mundo unidas en un haz fraterno y potente, hagan la última jugada, con el jaque y mate real. Es necesario, por bien de la misma Especie, inculcar en las juventudes del Mundo, el apólogo de Tolstoy, corroborado por Tomás Moro. La mucha tierra entraña la muerte. El parvo pegujal propio, cuando se labra con noble esfuerzo, rinde frutos fecundos y ejemplares. De otro modo, el planeta se trocará en una aventura sin fin, en la que como Pakhom el mujik, con ambición sin límites, tras la lid fratricida y el esfuerzo inútil, vendrán los pueblos y los césares a encontrar, sobre el falaz espejismo del erial ajeno, con el tesoro maternal deshecho, sólo unos cuantos pies de tierra propia, para cobijar los despojos del crimen. La Humanidad se sentirá orgullosa de su destino superior, el día en que sobre los tronos y pedestales cesáreos, se ostente con sencillez sublime la divisa que Lope de Vega labró en el dintel de su morada: *Magna aliena parva. Parva propria magna*. La tierra ajena, aunque detentada, es pequeña. La propia, aunque chica, cultivada con amor y libertad, es todo un Mundo.

MANUEL TORRE



Salidas de Virginia Woolf

(Concluyen. Véase la entrega 16 del tomo en curso)

Autores sin chispa de mujer

Pero sea cual fuere la razón, el hecho es deplorable. Porque significa—aquí yo estaba ante unos estantes de libros de Mr. Kipling y de Mr. Galsworthy—que algunas de las obras más bellas de los mayores escritores contemporáneos encuentran oídos sordos. Una mujer, por más que se esfuerce, no dará en ellas con esa fuente de vida inmortal que según los críticos está ahí. No es tan sólo porque celebran virtudes masculinas, imponen valores masculinos y describen el mundo de los hombres; es que hasta la emoción que las satura es incomprendible a una mujer. “Ya se viene, ya se acumula, ya está por reventar” uno empieza a decir mucho antes del fin. Ese cuadro caerá sobre la cabeza del viejo Jolyon; la sacudida lo matará; el viejo secretario pronunciará sobre él dos o tres palabras mortuorias; y todos los cisnes del Támesis romperán simultáneamente a cantar. Pero uno se escurrirá antes de que eso suceda y se esconderá entre las matas, porque la emoción que es tan profunda, tan sutil y tan simbólica para un hombre deja azorada a una mujer. Lo mismo pasa con aquellos oficiales de Mr. Kipling que vuelven la espalda, y sus Sembradores que siembran la Semilla y sus Hombres que están solos con su Trabajo; y la Bandera—uno se avergüenza de tanta mayúscula como si la hubieran sorprendido espiando una orgía enteramente masculina. El hecho es que ni Mr. Kipling ni Mr. Galsworthy tienen una sola chispa de mujer. Por eso, todas sus cualidades, le resultan a una mujer—si es lícito generalizar—toscas e inmaduras. Carecen de poder sugestivo. Y cuando un libro carece de poder sugestivo, no puede penetrar en la mente por más que golpee la superficie.

El poema fascista

Y con ese humor desasosegado en que uno saca un libro y lo vuelve a guardar sin haberlo abierto, me puse a contemplar una edad futura de afirmativa y pura virilidad, como la que parecen presagiar las cartas de los profesores—las de Sir Walter Raleigh, por ejemplo—y la que los jefes de Italia ya han realizado. Porque un ambiente de irreparable virilidad predomina en Roma, y aunque la irreparable virilidad le convenga al Estado, es permitido discutir sus efectos sobre el arte de la poesía. Sea lo que fuere, los periódicos informan que en Italia se experimenta alguna ansiedad por la novela. Ha habido una reunión de académicos cuyo fin “es promover el desarrollo de la novela italiana”. “Hombres famosos por su cuna, o en las finanzas, en la industria o en las corporaciones fascistas” se reunieron el otro día a discutir el asunto, y enviaron un telegrama al Duce formulando el deseo “de que la era fascista produjera en breve un poeta digno de ella”. Todos podemos participar en ese piadoso deseo, pero es dudoso que la poesía pueda salir de una incubadora. La poesía necesita de una madre, igual que de un padre. El poema fascista, es de temer, será un abortito horroroso, como los que uno ve en un frasco de vidrio en el museo de algún pueblo de campo. Esos monstruos nunca viven mucho, se ha dicho: uno jamás ha visto un prodigio de esos segando pasto en una pradera. Dos cabezas de un cuerpo no contribuyen mucho a la longevidad.

Escritores andróginos

Sin embargo, la culpa de todo esto, si uno desea echar la culpa, no es mayor en un sexo

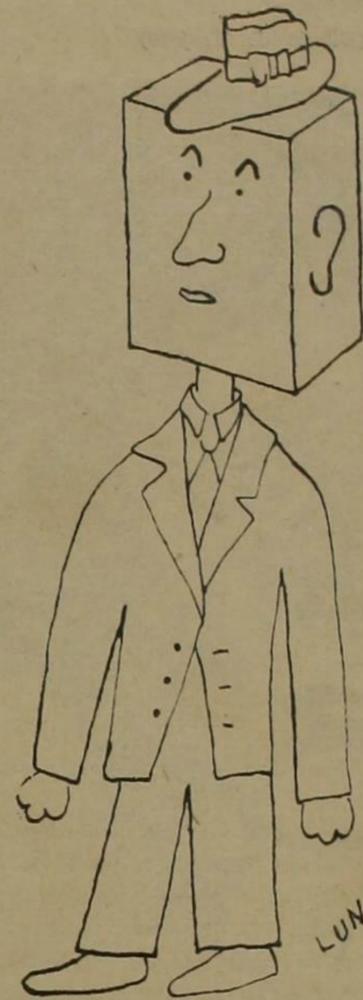
que en el otro. Todos los seductores y reformadores son responsables: Lady Bessborough cuando le mintió a Lord Granville; Miss Davis cuando le dijo la verdad a Mr. Grey. Todos cuantos han promovido un estado de conciencia sexual tienen la culpa, y son ellos los que me obligan, cuando quiero dar juego a mis facultades en un libro, a buscarlo en esa era feliz, anterior al nacimiento de Miss Davies y de Miss Clough, en que el escritor usaba igualmente los dos lados de su cerebro. Hay que volver a Shakespeare entonces, pues Shakespeare era andrógino; y así lo fueron Keats y Sterne y Cooper y Lamb y Coleridge. Shelley quizá era neutro. Milton y Ben Jonson eran tal vez un poco demasiado varones. Igual, Wordsworth y Tolstoi. En nuestros días Proust era del todo andrógino, si es que tal vez no era demasiado mujer.

Es fatal para el que escribe pensar en su sexo

Es fatal ser un hombre o una mujer pura y simplemente; hay que ser viril-mujeril o mujer-viril. Es fatal que una mujer acentúe una queja en lo más mínimo; se fatal que defienda cualquier causa hasta con razón; o que hable deliberadamente como mujer. La palabra *fatal* no es una metáfora, porque todo lo escrito con ese prejuicio deliberado está condenado a la muerte. Deja de ser fertilizado. Por eficaz y deslumbrante, por agistral y poderoso que nos parezca un día o dos; tiene que marchitarse al atardecer; no puede crecer en las mentes de otros. Alguna colaboración debe realizarse en la inteligencia entre el hombre y la mujer antes que el acto de la creación se pueda cumplir. Algún enlace de contrarios tiene que haberse consumado. Toda la mente debe estar abierta de par en par y así tendremos la certeza de que el escritor está comunicando su experiencia con plenitud perfecta. Tiene que haber independencia y tiene que haber paz. No debe rechinar ni una rueda ni chispear una luz. Las cortinas deben estar corridas. El escritor, pensó, una vez realizada su experiencia debe recostarse y dejar que su mente celebre su boda en la oscuridad. No tiene que mirar ni preguntar lo que está sucediendo. Tiene, más bien, que arrancar los pétalos de una rosa o fijarse en los cisnes que navegan serenamente río abajo.

El pasatiempo de medir

Toda esa polémica de sexo contra sexo, de cualidad contra cualidad; todo ese alarde de superioridad e imputación de inferioridad, pertenecen a esa etapa escolar de la evolución humana en que hay *lados*, y es preciso que un *lado* le gane al otro y es de suma importancia ascender a una plataforma y recibir de manos del Director en persona una copa de lo más artística. Les personas, a medida que crecen, dejan de creer en *lados* o en Directores o en copas de lo más artísticas. Por lo demás, en lo concerniente a libros, notoriamente difícil pegar etiquetas de mérito de modo que no se despeguen. ¿No son acaso las notas bibliográficas de literatura corriente una perpetua demostración de la dificultad de juzgar? “Este gran libro”, “este libro nulo”; se aplican los dos nombres a un mismo libro. Elogio y vituperio nada significan. No, por delicioso que sea el pasatiempo de medir, es de todas las ocupaciones la más inútil, y someterse a los decretos de los mensuros la más servil de las actitudes. Escribir lo que uno quiere escribir, es lo



No es un “cabeza cuadrada” sino un cerebro de mampostería

único que importa y que eso importe por siglos o por horas, es lo de menos. Pero sacrificar un pelo de la cabeza de su visión, un matiz de su color, para complacer a algún Director con una copa de plata en la mano, o a un profesor con una vara de medir en la manga, es la más abyecta traición, y el sacrificio de la fortuna y de la castidad que se consideraba el mayor de los desastres humanos, es en comparación una simple picadura de pulga.

De 12 poetas, 9 eran universitarios

¿Cuáles son los grandes nombres poéticos de los últimos cien años? Coleridge, Wordsworth, Byron, Shelley, Landor, Keats, Tennyson, Browning, Arnold, Morris, Rossetti, Swinburne—podemos detenernos ahí. Todos ellos, salvo Keats, Browning y Rossetti, fueron universitarios; y de esos tres, el único que no tenía un pasar, fue Keats, que murió joven, troncado en su plenitud. Suena brutal, y en efecto es triste decirlo: pero la teoría de que el genio poético sopla donde quiere, parejamente en ricos y pobres, tiene muy poco de verdad. De hecho, nueve de esos doce poetas eran universitarios; lo que quiere decir que de algún modo consiguieron la mejor educación que puede suministrar Inglaterra. De los tres restantes, bien saben ustedes que Browning era rico, y si no hubiese sido rico, no hubiese jamás escrito *Saul* o *El anillo y el Libro*. (Tampoco Ruskin hubiera alcanzado a escribir *Pintores Modernos* si a su padre no le hubiese ido bien en negocios). Rossetti gozaba de una pequeña renta particular, y además, pintaba. Sólo nos queda Keats, a quien Atropos mató joven, como mató a John Clare en un manicomio y a James Thomson con el láudano que tomaba para narcotizar su fracaso. Tales hechos son espantosos, pero encarémoslos. Por deshonesto que sea para nosotros como nación, es indudable que por algún defecto en nuestra República, el poeta pobre no tenía en aquellos días, y hace doscientos años que no tiene, la menor oportunidad. Creánme—

(Sigue en la pág. 367)

Virginia Woolf

(Dibujo de Trujillo)



EL año de 1919 (cuán lejos y qué cerca!) fui invitado por un buen amigo de aficiones literarias y no precisamente un aprendiz en cosas de arte y filosofía a una conferencia sobre la estética de la pintura a cargo nada menos que de Roger Fry, cuya carrera de excitación y propaganda artística fue interrumpida dolorosamente por la muerte en el mejor período de su actividad literaria. La conferencia sería dictada en el Club «1917». No está fuera de lugar describir los orígenes de esta institución novelesca. En 1917, corriendo a mal correr, para ambos beligerantes, la guerra de 1914, el gobierno de Inglaterra y la opinión pública de ese país estaban oprimidos intelectual y materialmente por el interrogante cada vez más perturbador e incierto de cuál sería el desenlace de la delirante carnicería. Rusia venía siendo el más inquietante entre todos los datos del problema. Carecía de entusiasmo por la causa, no tenía generales de imaginación y de nociones técnicas modernas, le faltaban materiales de guerra, medios de transporte, armas y pertrechos y provisiones. Tenía muchos millones de soldados mal vestidos, amenazados de privaciones e inermes. De repente llegó a Londres la noticia de que una revolución en Petrogrado había desconocido el gobierno imperial, obtenido la abdicación del zar y organizado sin dificultad un gobierno republicano con Kerenski, jurisconsulto de grandes talentos oratorios, como presidente. El gobierno de Londres, la atribulada población, todos los partidos políticos, recibieron la noticia con señales de aguda complacencia. Los liberales en su gran mayoría se declararon encantados con el triunfo de Kerenski, liberal él mismo, de tipo clásico y entusiasta servidor de las multitudes. Para conmemorar con duradero monumento la revolución liberal y republicana de Rusia los liberales más entusiastas de Londres y algunas conservadores de nuevo cuño fundaron el Club «1917». Le pusieron este nombre para que no quedara duda sobre las causas y motivos de su fundación.

Tiene importancia describir este nuevo refugio de la fe en los principios por los

cuales había puesto en peligro su existencia la regocijada Inglaterra (*merry England*). Era una barraca en el corazón del West End. Tenía dos pisos. Para subir al primero había una escalera de estilo incierto, sin barandas y peligrosamente inclinada. El salón principal no existía al tiempo de mi primera visita. El comedor tenía existencia práctica, garantizada por un mobiliario sólido y distinguida clientela. La mesa era un tablón rudo, compuesto de maderos toscos malamente adheridos y colocados sobre burros de una premurosa construcción. La clientela se componía de miembros del parlamento, notabilidades de la prensa, aristócratas de tendencias colectivas como el universal Cunningham Graham, eruditos de claras tradiciones como Fitzmaurice Kelly y figuras enhiestas de la literatura cuyos nombres han pasado a las edades en las novelas tituladas la «Máquina de explorar el tiempo» o «El hombre de posesión» (*The Mand of Property*).

En este lugar de selección iba a dictar su conferencia Roger Fry. Al llegar con mi amigo, el talento de que he hecho memoria, a la sala de conferencias, casi todas las sillas estaban ocupadas, a las seis de la tarde: era el fin de la primavera, la temperatura, por excepción, dulce y sin alternativas. Había una vibrante expectativa Roger Fry a más de un crítico altamente reputado era un escritor de escuela, de gusto, pululante de ideas y de puntos de vista nuevos.

En la mesa de la presidencia, construida con el mismo criterio y los mismos materiales que los del comedor, se sentaba el presidente de la conferencia cuyo nombre ignoramos hoy con la misma plenitud que en aquella fecha; Roger Fry, el conferenciante; una señora muy atendida y un caballero insignificante. El presidente dirigiéndose a la señora, la invitó a que tomase la palabra con el fin de presentar la personalidad de Roger Fry a los emocionados concurrentes. Se puso de pies una señora alta, demasiada alta, delgada hasta la emaciación, de facciones finas y extraordinariamente marcadas, risueña, poco vestida, según era la moda del momento y llena de simpatías y gracias. Empezó, como suele empezarse en tales ocasiones, diciendo que para un auditorio tan distinguido no era necesario hacer la presentación de Roger Fry. En un aspecto dijo, tal vez no conocen ustedes al conferenciante, y añadió; «Es el perturbador de la tranquilidad en los hogares de Londres». La concurrencia llenó el aire con los compases de una risa discreta. Fry sonrió intelectualmente. La oradora quería sugerir cómo las enseñanzas de Fry hacían nacer en sus admiradoras el deseo de comprar cuadros, cuyos precios subían mas allá de los recursos económicos del hogar. En ese momento vine a saber por mi compañero de aficiones y de curiosidad que la encargada de la palabra en tan señalada ocasión era Virginia Woolf. Ya era famoso su nombre. Era hija de Leslie Stephen, periodista, biógrafo de renombre, ensayista advertido, dueño de un poderoso arsenal de conocimientos y de sutiles e ingeniosos modos de expresión, historiador a su modo y filósofo a ratos. Virginia se había casado en 1912 con Leonardo Woolf, literato de ideas, político, laborista, editor y propagandista de nuevas formas de gobierno. En ese

Virginia Woolf

Hija y víctima de su siglo

(De *El Tiempo*. Bogotá, 27, Abril, 1941).

tiempo la señora Woolf no había llegado a la cumbre de su reputación pero ya tenía buen nombre entre los catadores de estilos y de sutileza y gracia de pensamiento. Ejerció en un principio la crítica literaria, sin mayor realce, en algún semanario más conocido por su rigor en las críticas que por la altura de su criterio estético. Sus primeras novelas pasaron sobre el océano de la producción literaria de aquellos tiempos sin perturbar la superficie del piélago. Pero a medida que avanzaba en la curva de sus actividades subían sus méritos de estilista y minuciosa y precisa observadora. La fama de Proust, cuyas obras inundaron el mercado inglés, así en el idioma original como en las traducciones que estuvieron a punto de colocarle como en casa propia en los anales de la literatura británica, obró con viveza sobre la carrera literaria de la señora Woolf. Con *Mrs. Dalloway*, publicada 1925, la literatura inglesa se enriqueció en el género de la novela. Sin seguir la tradición de las grandes novelistas inglesas como G. Eliot, Jane Austen, las Brontes, a no ser en la fuerza de la observación y honda conciencia literaria, la señora Woolf llegó a la fama, siguiendo, sin imitarlo servilmente, el procedimiento de Proust. Cabe aquí hacer algunas distinciones. Leer, por ejemplo, a James Joyce es una tarea, agradable a trechos, regocijada por momentos, pero siempre un empeño laborioso en que entran todas las facultades críticas del lector; leer a Proust es viajar a lo largo de un camino lleno de paisajes fascinadores y de posadas en que hay los más curiosos camaradas de viaje; pero el viandante no puede olvidarse siempre de los sucedidos más o menos ingratos de la excursión, de las interrupciones y naturalmente del cansancio. Leer la novela de Virginia Woolf, titulada *Mrs. Dalloway* es un placer continuo y sosegado lleno de amenidad por las cortinas que levanta para dejar ver un mundo poco conocido. Es el método de Proust pero suavizado por un estilo de incomparable pulcritud y destreza, sin demasías en la descripción, sin detenciones inmoderadas sobre puntos secundarios. La novela se desenvuelve y acaba en el curso de las dieciséis horas de un solo día. Mrs. Dalloway, la protagonista, sale de su casa a las ocho de la mañana a comprar flores y otras cosas necesarias para una recepción de la noche. Mientras ella prepara su función pasa por los ojos mentales del lector la sociedad inglesa de la postguerra con todas sus flaquezas, sus pequeños temores, sus preocupaciones e ineficiencias. Allí se ve cómo se verificó un cambio profundo en las costumbres, en el modo de pensar y de sentir de aquellos isleños bajo el siniestro planeta del tratado de Versalles. Para un juicioso y bien equipado observador de aquellos días no habría sido difícil pronosticar cuál vendría a ser la actitud de la sociedad inglesa simbolizada por Chamberlain ante los sucesos europeos de 1939.

La mayor novedad para algunos y dificultad para otros en la obra de Proust y de Joyce, es, a no dudarlo, el estilo; lleno de infinitas diluciones en el primero, contorsionado, críptico, abismal a veces en el otro. Virginia Woolf, saludablemente in-

(Sigue en la pág. 362)

Luis Alberto Sánchez

Valor indoamericano

(En el Rep. Amer.)

Luis Alberto Sánchez
(1941)

Luis Alberto Sánchez nace con el alborar de un nuevo siglo: 1900. Si al comienzo de su actividad pública, concéntrase en el "intelectualismo puro" de la época, pronto se abre, con sonoridades propias e inconfundibles, a las inquietudes sociales del medio. Nacido en el Perú, pero indoamericano por sus convicciones, el itinerario que sigue su producción literaria, es el itinerario—siempre urgido de superación—que marcan las grandes luchas continentales por un destino más justo.

Entre 1919—año de su primera obra: crítica poética—y 1930—año de su iniciación política: congresista por Lima—media toda una etapa de evolución superadora que el joven Luis Alberto Sánchez recorre velozmente, dejando detrás obras, ensayos, artículos y críticas, como ejemplos de una asombrosa capacidad de trabajo y de una no menos asombrosa sagacidad analítica. Y, sobre todo, como pruebas de una vigorosa personalidad en el campo de las letras. *Poetas de la Revolución* y *Poetas de la Colonia* son heraldos que anuncian, en el movimiento literario del Perú, la llegada de un valor nuevo en 1919 y 1921. Sus alegatos en la Junta de Semanez Ocampo, sus charlas políticas en Barranco y sus discursos en la Asamblea Constituyente, son los amplificadores que gritan, en los caminos del Perú político, la llegada de un nuevo líder en 1930 y 1931. Ensambla así Luis Alberto Sánchez su actividad literaria a un imperativo de acción política. Ya tengo una fé, gritaría alborozado. Y a la acción política le daría el poderoso aporte de sus talentos literarios, y a su actividad literaria, la tajante realidad de una convicción política, enraizada al nervio histórico de un conglomerado humano.

Toda su obra, con ser tan variada y polifacética, está empapada de un solo y grande objetivo: Indoamérica. Campo el nuestro de colonización material y espiritual, Luis Alberto Sánchez incita a la rebelión contra los extranjerismos y va a la Historia, a la cultura, a la política y a la economía, para extraer el fascinante material de lo autóctono, de lo nuestro, "Indoamérica—nos dice—necesita descubrirse a sí misma". Y el descubrimiento y emancipación de este Continente, ha de ser obra de los propios indoamericanos, nunca de Roma, Moscú, París o Washington. Paradojal y contraproducente actitud la de esos conciudadanos que marchan por nuestras tierras queriendo contemplar los problemas indoamericanos con espejuelos europeos. Se explica que todos los trabajos de Luis Alberto Sánchez sean una formidable contribución al descubrimiento indoamericano. Estábamos, y aún estamos, sin descubrir. Nuestra personalidad, inédita, brindaba ocasión a los más absurdos recetarios. Aún en el plano literario "América era una novela sin novelistas".

Para el cumplimiento de tarea histórica de tamaña envergadura, Luis Alberto Sánchez ha tenido que superarse, que ir a todos los campos, sin importar la crítica rastrea y envidiosa. En él, como dice el crítico aprista Andrés Townsend, "convive distintas aptitudes estéticas, pero todas igualmente fértiles y todas poderosamente originales. Esta es la marca característica de Sánchez: su originalidad, formada por una propia orientación espiritual y por un estilo personalísimo".

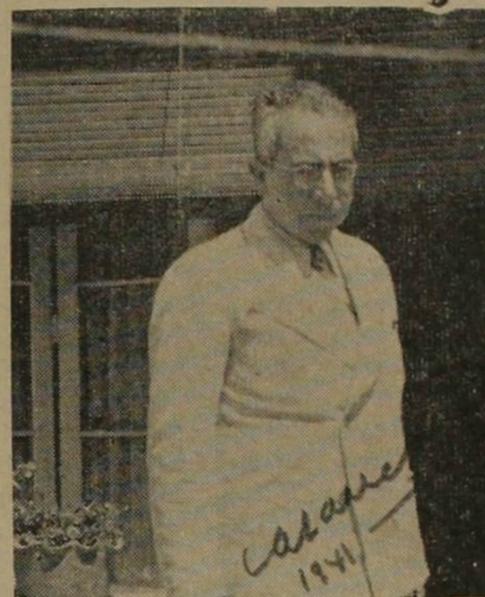
Como biógrafo, *Don Manuel*, *Haya de la Torre* y *La Pericholi* han logrado que el público continental, siempre parangoneador, le

llame el "Emil Ludwig de América". Aunque lisonjero, este juicio no cuaja dentro de la obra biográfica de Luis Alberto. Transido del ambiente que rodea la vida que nos narra, aunque todos tengan una marcada y fija orientación ideológica, son estilos distintos los que trazan estas tres biografías. En el sabroso y recordador estilo de la Colonia, casi con el perfume exótico de aquella aristocracia "Lima de los Virreyes", nos hace entrar con *La Pericholi* en la vida de Micaela Villegas, que recibe de su querido, el Virrey, en un momento de disgusto el calificativo de "perra-chola" (perra mestiza). La pronunciación catalana convirtió la "perra-chola" en "perri-choli", nombre con que pasó a la leyenda esta linda mestiza que supo poner sus atractivos femeninos al servicio de una personal venganza histórica. El pasado, en manos de Luis Alberto, es instrumento de dialéctica lucha en el presente. Por eso en *La Pericholi*, libro aménísimo que se bebe en un sorbo, encuéntrase tanto material delicado agresivo y deliciosamente conminatorio para los políticos limeños que viviendo hoy de tradiciones coloniales, se aferran tenazmente a una tradición que la "perri-choli" metió bajo sus faldas de chola, de mestiza, de mujer del pueblo.

Don Manuel está en el estilo de esos primeros años de República, en que el intelectual buscaba y rebuscaba la forma precisa y la belleza objetiva. Y es que dejaríase de honrar el calibre literario del autor de *Páginas Libres* si así no se hiciese. Sin que L. A. S. abandone un momento el cuadro ambiental y el fondo subjetivo, su estilo está al ritmo estético de la época en que Don Manuel González Prada, "sol frente a todos" ofrecía al podrido ambiente político del "civilismo peruano" y hermoso ejemplo de un individualismo constructivo y de su particularidad vibrante, de político renovador. El estilo surge de la obra con la pureza de una vida, con el ardoroso tono de una personalidad original.

En cambio, la biografía de *Haya de la Torre*, está en el estilo cortante, accidentado, de una "vida sin tregua". Toda la obra es ritmo infatigable, actividad sin descanso, imágenes vivísimas y fugaces, que van dejando aquí y allá, al parecer desordenadamente, los elocuentes pasos de una figura ordenadamente consagrada a fraguar un orden de justicia social. Los trazos de Luis Alberto parecen empapados de la emoción actuante que fluye de la vida que narra. Como en *La Pericholi* y en *Don Manuel* el estilo espontáneamente surge del motivo de la obra. Lo que pone Luis Alberto Sánchez es su talento para enfocar la Historia de su país a través de la vida de determinadas figuras, realizando verdaderas creaciones artísticas. Esto es cosa propia, cosa de él, como este estilo dialéctico de "no tener estilo".

Malgrado el mérito de sus biografías, Luis Alberto Sánchez sobre todo, es el ensayista y el crítico de más recia personalidad del Continente. Obras tiene, como *Literatura Peruana*, *Panorama de la Literatura actual* y *Breve Tratado de Literatura General* que bastarían para conferirle gloria a una vida. Pero de todas, la que marca y precisa la concepción realista del Continente Indoamericano, la que sintetiza el móvil y los objetivos de Luis Alberto literato y del Luis Alberto político, es *Vida y Pasión de la Cultura en América*. La América sin novelistas, se yergue a todos los aires con el desgarrado grito del propio dolor. Es to-



da una vida, toda una gran pasión la que nos descubre el fecundo buceo del escritor peruano. Y la que nos relata y nos sugiere y nos deja adivinar. Porque muchos libros serían necesarios para dar cumplida realización a motivos de tan vital trascendencia. En éste, Luis Alberto nos brinda geniales anticipos encuadrados en una obra de síntesis y respaldados por formidables estudios históricos. *Vida y Pasión de la Cultura de América* es el cuerpo desnudo de Indoamérica, con sus llagas, sus heridas y sus vibraciones y sus prometedoras rebeldías. Ingenuos y torpes los que quieran vestir ese cuerpo en ropajes europeos y curar esas heridas con fórmulas extranjerizantes y encuadrar esas rebeldías en moldes internacionales. Indoamérica reclama la propia medida, el propio remedio, el propio cauce evolutivo. Y en nombre de esta nacionalista necesidad de nuestras tierras americanas, hay que otorgarle a L. A. S. el título de *Maestro* y a *Vida y Pasión de la Cultura de América* el rango de "a. b. c. de nuestros problemas culturales".

Las otras obras de Luis Alberto son: "Los poetas de la Revolución" 1921, "Elogio de Don Manuel González Prada" 1922, "Sobre las huellas del Libertador" 1925, "Lima y Don Ricardo Palma" 1926, "Góngora en América" 1927, "La Literatura Peruana" dos tomos y en preparación el tercero, "Se han sublevado los indios" 1928, "Carta a una indoamericana" 1932, "Aprismo y Religión" 1933, "América, novela sin novelistas" 1933, "Panorama de la Literatura actual" 1934.

A Luis Alberto le gusta repetir un apotegma del Conde de Kayserling: "inteligencia obliga". Y repitiéndolo, agrega: "El escritor tiene el deber de defender la cultura. Y como la cultura está amenazada por la dictadura, hay que adoptar una postura militante. Porque ahí donde no hay libre examen y libre expresión del pensamiento, hasta el relato de un idilio encuentra trabas, ya que la coacción se dedica primero a las expresiones meramente políticas, pero luego, cebada por la tolerancia y la sumisión, avanza sobre lo sexual, sobre lo estético, sobre la vestidura inclusive". Y Luis Alberto Sánchez es una de los pocos intelectuales que práctica lo que predica. Esta es una de sus virtudes más sobresaliente. Sin una vacilación, sin titubeos de derecha o de izquierda ha estado siempre en su puesto de lucha en la dirección del Partido Aprista Peruano. Los que absurdamente le niegan espiritualidad a las luchas de los partidos de izquierda, debían contemplar la pura idealidad que inspira a Luis Alberto, como a todos los apristas, en su consagración a las tareas históricas de forjarle a

Indoamérica un futuro de justicia económica. Con las mismas verticales orientaciones principistas del Partido, se ha manifestado L. A. S. en su múltiple actividad intelectual. Jamás ha tenido que retractarse de un juicio. Nunca ha tenido que dar los virajes cinematográficos de nuestros fantaseadores tropicales. Siempre ha ofrecido el ejemplo magnífico de su rectitud, de su realismo. Lo que causa admiración es que un hombre ocupado en la incesante acción política de Partido, pueda sacarle "tiempo al tiempo"—es robo al descanso, al sueño, a la distracción—para la labor formidable que significan sus obras. Sus últimos libros, han visto la luz en momentos de intenso batallar revolucionario dentro y fuera del Perú. Sus frecuentes artículos en las revistas de Indoamérica, coinciden con trabajos políticos sobre la realidad peruana. Nadie como este infatigable creador y productor, ha fundido de manera más cabal la función del intelectual con la función del político. Intelectual y político, hay que decirlo, de una época urgida de acción transformadora. Con lo cual L. A. S. no ha hecho más que fundirse con los imperativos de nuestro espacio y de nuestro tiempo. ¡Honradez de un hombre que se enorgullece de tener una fé; un puesto de lucha en la sociedad y un lugar de honor en la vanguardia que construye un Continente unido!

Tanto critiquillo rastrero que anda por América tratando infecundamente de denostar al *a. p. r. a.*, al aprismo y a los apristas, debía volcarse de manera responsable a la pública refutación de las obras de Haya de la Torre, de Luis Alberto y de tantos otros compañeros. El círculo, la capillita y el articulejo son índices acusadores de impotencia. Pero si la cuestión ha de quedarse siempre en mera palabrería, que sigan esos señores hablando. Mientras tanto, y he aquí la significación extraordinaria de Luis Alberto Sánchez, "nosotros seguiremos actuando".

Que su ejemplo no se pierda, que su obra nos sirva de guía, es la ambición de los que en Luis Alberto Sánchez, saludan a la América que surge, a la América nuestra.

ALBERTO ARREDONDO

Habana, junio de 1937.

Virginia Woolf...

(Viene de la pág. 360).

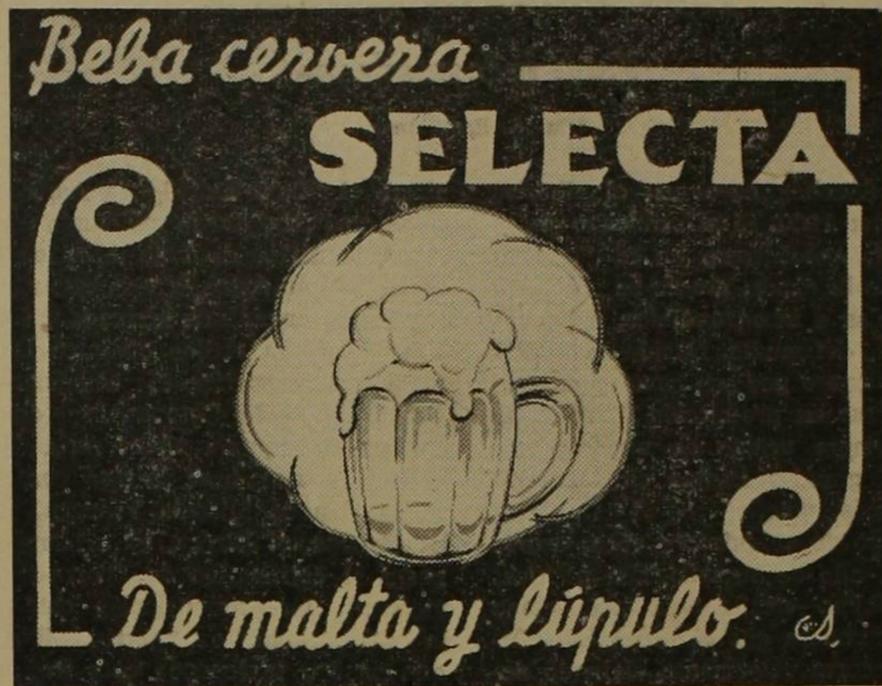
fuída por tan graves doctores de la frase caut va sin pedirle al lector más esfuerzo que el de ordinario se usa para entender el habla de los menesteres y frecuentaciones cotidianos. Analiza sin excesiva minuciosidad y penetra muy hondo en el cerebro de sus personajes con la voluntad atenta a no imponerle al despreocupado confidente de sus revelaciones la obligación de contemplar los huesos, la sangre, la piel desgarrada en los complicados procesos de la trepanación. Cyril Connolly, crítico penetrante y acerbo, clasifica a Virginia Woolf entre los «mandarines» del estilo, con marcada intención de disminuir los méritos de su forma literaria. Hay que tener presente cómo en materias de arte la tendencia al mandarismo es universal y tal vez orgánica. Todo artista se cultiva a sí mismo voluntaria o involuntariamente dentro de un haz de principios que suelen coincidir con los seguidos por algunos obreros del arte sus contemporáneos. El literato no escribe para determinado grupo de escritores, pero en la mayor extensión de su actividad tiene tal vez la vista fija en ellos. De ahí nace el mandarismo, fruto natural de los cenáculos y

las academias y por extensión de las escuelas en sus diversas ramificaciones. Los mandarines tienen unos mismos gustos y por tanto sus obras son producidas para ser comprendidas en su grupo de propia selección. Acaso no corresponde la clasificación de mandarista a Virginia Woolf: su obra cae entre los gustos del grupo mencionado, pero logra difundirse en todas las capas sociales de preocupación artística. Es universal. El mismo Connolly cambia de sentir analizando «Las olas» (*The waves*) y reconoce la amplitud del empuje que separa a estas obras de las estrechas fronteras del mandarismo.

La muerte de Virginia Woolf es un grito de alarma y un símbolo de momentos trágicos de cambio en la manera de entender el universo. De tres años a esta parte la vida empieza a ser un fardo para ciertas

categorías del espíritu. Da pavor hacer el recuento de los cerebrales que en el hemisferio de la inteligencia han puesto la mano sobre sí mismos para libertarse de la existencia. Es un estado de alma que se ha visto aparecer y dominar las altas cumbres del espíritu en otras horas de la vida terrestre, entre los judíos que vieron derrumbarse sus deales y amenazadas sus creencias, entre los romanos de la decadencia, y aun en períodos que sin poder ser calificados como decadentes sufrían el choque de cambios súbitos y profundos en la apreciación de los valores vitales. Son las grandes inteligencias las primeras en percibir el abismo que media entre un mundo y otro, y las primeras en negarse a aceptar los cambios humildemente o a adaptarse a ellos en obediencia a cálculos viles.

B. SANÍN CANO.



En el balcón de los recuerdos Un negro estupendo

(En el Rep. Amer.)

Estábamos en 1887. Mi escenario representa un refulgente salón de baile en San Miguel; barrio en ese entonces el más festivo y resonante de esta capital. Algunas de aquellas damas, —mulaticas casi todas, de caderas sandungueras y sonrisas provocadoras, —ostentabanse orgullosas de brazo con mozos de nuestra élite social para quienes el tonel de cerveza, abierto desde el atardecer, parecía no haber encontrado su llave de contención.

Yo era del apretado grupo de los *mirones* en la puerta principal, y comentaba con los otros los incidentes que entre danzas, vals y polka, ocurrían en el salón del baile, con brotes, a veces, de posible reyerta.

Súbito para mí, resuenan las doce campanadas de la media noche. Forzoso es abandonar mi puesto de primera fila, para recogerme al severo hogar paterno. Con dos violentos empujones me abro paso y emprendo la marcha solitaria de mi regreso. Mas, he aquí que a poco andar, siento las pisadas sigilosas de alguien que me viene a la zaga. Me alcanza. Se me pone a la derecha. Háblame: —"Que le parece, amigo, esa animación que se trae Don Lorenzo Fajardo con su baile sin ningún dique en la bebia... no cree Ud. que ahí se va a almar un repeipero...?"

Sin contestar palabra, examino de soslayo a mi interlocutor. Es hombre de color bien obs-

curo; y por indumentaria trae cachucha negra, chamarra y pantalones de fuerte azul, cachimbo en la boca y en la mano derecha creo divisar, medio oculta, una corta chambra de trabajo.

—¡Anjá! Ud. no me quíe contestai. Quizá no le ha gustao mi frescura de llamarle amigo; pero, oígame: No crea que ha sio poi pa-rejería, sino que nojotro en los campo, titulamo asina a cuaiquiera que topamo en nuetra vereas, aunque no sepamo su nombre.

—No, señor, le dije, eso no es nada.

—Bueno, antonse tenga la bondá de desime su gracia. Se lo pido humildemente.

—Me llamo Fabio Fiallo.

—Aaah! ¿Ud. e el poeta Fabio Fiallo?

—Sí.

—¿El mesmo que escribió uno velso el año 1886?

—Sí.

—Manífica con el velso tan tremendo. En ello, sin andaise con reparo ni miramiento pa naide, acaba Ud. con to el mundo: los menitro, los diputao y jata con el Gobierno. Milagro que no le trujiera algún diguto serio. Yo cuando lo vide pensé que a lo meno iría Ud. a parai en Chirona.

—¿Por qué?

—Pué po tó eso que Ud. dise contra las autoridá.

—Pero ese es mi derecho.

—Anjá! Ya salió a lusi la palabrita: El derecho. A mí me gusta mucho; pero creo que en veidá de veidá, ella vale muy poco. Al meno, allá en el Cibao la tenemo aplatá con otra ley ma positiva. Allá desimo: Quien manda, manda, y caitucho en el cañón.

—Eso será en el Cibao; aquí no.

—Anjá! ¿Con que aquí no? Pue no lo entiendo. La nasión e una sola, y en prueba de ello aquí memo, en la capitai, oí desi que ete maichante que ahora tiene ei podei en la mano no se anda con belita de sebo a San Antonio, ni meno pone reparo a algusia de abogado, pa jasei lo que le da la gana; y asina manda a metei en la caise ai ma pintao, y le pone gierro en la pata, y jata... jata... jum... ma vale callaise que en boca sería no entra moca, poique se le puén volvei un avipero... ¿No lo cree Ud. asina?

Sin respnderle, apuro el paso con propósito de apartarme de aquel negro que así podía ser un locuaz campesino, como peligroso agente provocador. Por sus trazas, le adjudico este último perfil.

Pero él se me cruza por delante y con su entonación más humilde me dice:

—Ruégole me conseda una migagita de atención. Yo no me le aceiqué pa conveisal de política. Eso no e mi asunto. Yo vivo del sudoi de mi frente, con mi jacha y mi machete. Pero etoi enamora, muy enamora, de una indie-sita parejera que a vese me mira y me sonríe con su boquita de gloria y otra vese no me jace ningún caso. Asina pue, ai sabei que Ud. e ei poeta Fabio Fiallo, me dije: Nemen-sio: ese e tu hombre; poique me entraron las ganas de pedirle me escribiera un caita pa mi india que se le meta bien a entro dei pecho. Naturalmente que yo etoi dípueto a pagaile su trabajo. Dígame ei precio, y si no e muy caro tai vé le pague ahora mesmo. ¿Cómo cuánto me va Ud. a cobrai?

—Nada.

—¿Cómo nada? ¿Y de qué viven, Uds. los poeta? No, no. Yo quieo pagaile ahora mesmo, poi adelantao, pa teneilo ma obligao conmigo mañana que no juntaemo pa jacei la caita... O e que Ud. no quí aseivie?...

—Sí señor: yo estoy dispuesto a complacerle, pero, sin paga. Procúreme mañana temprano en mi casa, calle del Conde N° () y le haré su carta.

—Bueno! Ya veo que Ud. e lo que yo me lo me había figura; un joben distinguío y muy amable.

Habíamos descendido casi la cuesta Duarte, pero, antes de alcanzar la esquina de Las Mercedes, he aquí que un grupo de 5 oficiales se adelanta y nos rodea con demostraciones de grandísimo respeto para mi acompañante. Me estremesí... Este negro... Este negro...

El se volvió hacia mí y muy sonreído me dijo:

—Bueno, mi amigo; ahora ya le puedo llamar así, nó es verdad? pues ya Ud. sabe quien soy yo. En esa casa de alto que está en frente, me tiene Ud. a su disposición, para cualquier cosa que se le ofrezca, y sin temor alguno a la Chirona. Así como Ud. se halló en buena voluntad de escribirme mi cartita de amor, así quiero yo servirle en lo que pueda. Si algo se le ocurre, lléguese a ese portón, pregunte por el General Lilis o por el Presidente Heureaux, dé su nombre y a poco ya será Ud. bien atendido y, sin duda alguna, completamente satisfecho.

Esto diciendo tomó con la izquierda el machete que hasta entonces parecía mantener en reserva de seguridad personal, y con franco ademán me tendió su diestra mutilada, que

desde luego estreché con todo el respeto y la admiración que se había conquistado en mí, no el poderoso Mandatario, sino el perfecto caballero que siempre fué él.

Y ya en camino de mi hogar, repuesto por completo de la sorprendente emoción que acababa de experimentar—como quien aprovecha

su soledad para rendirle justiciero homenaje a un odiado enemigo—no pude menos que exclamar:

Qué hombre tan estupendo es este negro!

FABIO FIALLO.

Ciudad Trujillo, marzo 3, 1941.

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

A'macén de Abarrotes a' por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

Vinos, Licores y Pousse-Café. Papel de envolver en rollos y bultos. Aceites de Soya. Maní y Oliva. Galletas inglesas y americanas. Jugos de frutas y vegetales. Conservas y artículos de construcción y labonería.

Cuatro mujeres

(En el Rep. Amer.)

VIRGINIA

Orquídea.
Venada virgen en celo
que por rechazar atrae.
Profundidad de una noche
tropical en que traspasan
el aire las vivas flechas
que las luciérnagas lanzan.
Entredadera que adopta
contornos dulces y vagos.
Crepúsculo de mi tierra
que recorta en las colinas
las caprichosas siluetas
de árboles que se destacan
contra el fondo
de tonos en que se bañan,
en inmensa botrachera,
las nubes mientras se tragan
las montañas la paleta.

MARIA

Palmeta.
Ritmo de nudos de caña.
Suavidad de jacaranda
florecida.
Olor a tierra mojada.
Arena candente y fina.
Bandola que se reclina
y que se mece,
doblada en el peso rojo,
dócil a la brisa leve.
En la plenitud del bosque
columna de humo que asciende.
Ondulación verde y suave
de las líneas de las lomas.
Vuelo de patos silvestres.
Canasta plena de granos
de café.

CECILIA

Campánula.
Mañanita endomingada
para el concurso de verdes
que organiza la montaña.
Risa de repique alegre
en la capillita blanca.
Nubecilla que en el cielo
celeste su forma rompe,
multiplicando sus gajos
al impulso de los Nortes.
Chorro fresquísimo y claro.
Quebrada que corre y goza
jugando con los guijarros,
mientras lanza leves guiños,
y sabe que no se pierden,
pues los recoge el alegre
platanillo.

MAYRA

Musgo.
Césped que es verde o dorado
conforme la brisa mueve
los hojas del enramado.
Vaso de agua.
Albor de reina que es reina
ante el sol o ante la luna.
(A la luz se nos ofrece;
en la oscuridad perfuma).
Bambú que mece sus cañas
al compás de la corriente.
Oro fragante en la paila.
Quietud húmeda de selva.
Suave y delicada balsa.
Claro en el bosque fecundo
donde un helecho destaca
su silueta.

MARIO HERNÁNDEZ.

Costa Rica, Diciembre de 1941.

El indio con plumas

Sin embargo, no es eso nada más Rubén Darío. Si tratamos de analizarlo en función de tiempo, podemos descubrir envuelta en la melodía fácil y graciosa la corriente de una vida profunda.

Escuchemos a uno de sus jueces más severos. "Con esta lengua que el Demonio nos ha dado a los hombres de letras (habla don Miguel de Unamuno), dije una vez... que a Rubén se le veían las plumas—de indio—debajo del sombrero... La especie llegó a oídos de Darío. Y éste, poco después, me escribía: 'Mi querido amigo: Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo...' Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiera leído nunca!... Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio, lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio".

Es fácil advertir que Unamuno desdeña la música por incompatibilidad física, espiritual y profesional. El cuáquero extraviado en tierras de Castilla rechaza duramente al violinista Darío. Pero tuvo nobleza y talento para convertir un puyazo en el mejor elogio concedido al cantor de Nicaragua. No fué ciego y sordo como Pío Baroja, que solamente adivinó el criollismo de Darío tachándolo de mulato, juzgando tal vez por olfateo. Unamuno señala otra vereda para llegar hasta la tumba de la marquesa Eulalia: por el hombre conocido al poeta y después al indio, al indio de América.

Casi la misma actitud es la de José Vasconcelos: "Imaginad lo que hubiese sido Darío, el más grande de los nuestros, si al fin de sus años no se sale de su pisito parisense para volver al sol y al viento de sus montañas nativas. Poco quedaría de él, a mi juicio, si su poesía versallesca no hubiese sido superada por los *Cantos de Vida y Esperanza*, por el aliento de infinitud que palpita en sus creaciones mayores"... "Si comparamos el abrazo dionisiaco, la profunda y masculina compenetración de Walt Whitman con su naturaleza; si lo cotejamos con los fulgores dispersos, con el atisbo cósmico de Rubén Darío, tendremos que reconocer que con ser tan grande nuestro poeta se murió sin escribir el poema de nuestro continente".

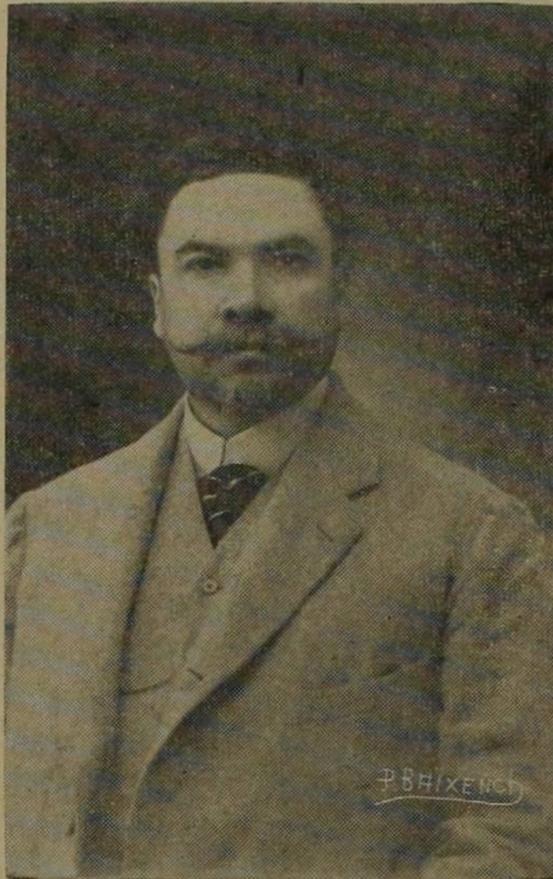
Es verdad: entre Whitman y Darío hay tantas diferencias como entre Brooklyn y Metapa. El poema de América, el romancero criollo, la Divina Comedia Tropical, la Canción de Rolando en la pampas, están todavía por hacer, y tal vez no las haga nunca un solo hombre. Martín Fierro es acaso el precursor. Pero esto se debe a que la cultura criolla está apenas en formación.

Y aquí comenzamos a explorar otro misterio de la inmortalidad de Rubén Darío. Su música externa y sus canciones azules fueron signo y voz de un mundo que moría. Pero la muerte de cada hora y de cada época, quiere decir nuevas horas y nuevas épocas que nacen. El indio tembloroso frente al misterio que adivinó Unamuno, el negro que olfateó Baroja, los fulgores dispersos y el atisbo cósmico anotados por Vasconcelos, las gotas de sangre chorotega a despecho de las manos de marqués, son idicios que nos conducen a la revelación de un mundo que nace: el alma criolla, la cultura criolla, el espíritu indo-europeo, hispánico y mediterráneo transplantado en América. La gloria

El adiós a Rubén Darío

Por ALFONSO TEJA ZABRE

(De *El Libro y el Pueblo*, Julio-Agosto de 1941. México, D. F.)



Rubén Darío
(Hacia 1909)

de Rubén Darío, su presencia y actualidad, se deben a que fué el primer heraldo continental y pan-hispánico de este nuevo mundo.

Un casi gran poeta de España, ha dicho que Darío fué el vengador de los indígenas seducidos por los colonizadores con brujerías, espejitos y cuentas de vidrio. El indio chorotega llegó a España para rescatar laureles a cambio de vidrios de colores.

La cultura criolla

Entre testimonios ácidos o mezquinos, generosos o penetrantes, el verdadero sentido del criollismo va saliendo a luz. Un concepto ya maduro expresa: "el estilo barroco puede cifrarse en la deformación traída a las grandes líneas de la tradición europea por el espejismo y el encanto nostálgico de la vegetación del trópico. Las columnas barrocas vuelven a acordarse de su parentesco con los árboles; pero ya esos árboles son de otros climas, blandos y mórbidos... opulentos en la profusión y en el curvado de las frondas. Flores, frutos, abundancias de un ultramar entrevisto por el ensueño o recordado".

"Europa—en parte por ministerio de España—llevó a las Indias el estilo barroco... pero toda colonización es siempre recíproca. Y si el Viejo Mundo colonizó el Nuevo, no dejó de verse, a su manera colonizado por él".

Así entendemos por qué Darío pudo ser el primer gran colonizador literario de España.

Ya estamos muy lejos de la sentencia de José Enrique Rodó, que impuso a Darío la pérdida espiritual de la ciudadanía americana. Porque sólo fue juzgado el autor de *Prosas Profanas* y no el poeta de la enorme, desigual y dispersa obra posterior.

Los dictámenes que reintegran a Darío su americanismo son de las más altas autoridades. Ya hemos aludido a las plumas del in-

dio y las cuentas de colores. Todavía tenemos afirmaciones más eficaces.

El dogma de un Darío casi francés viene desde el pontificado de don Juan Valera. La confesión se hizo valer más tarde sin distinguos:

Amo más que la Grecia de los griegos,
La Grecia de la Francia, porque en Francia
Al eco de las risas y los juegos
Su más dulce licor Venus escancia.

Tal vez Darío creyó alguna vez en su profundo galicanismo. Y el dogma se fortaleció por la rutina. Pero la raza no se cambia or ilusiones o esnobismos. Rubén Darío en París era un meteco. Los hombres somos pedazos de nuestra propia tierra. Y la misma evolución que hizo del músico un hombre, reintegró el hombre a su nación. No sólo a Nicaragua, más aun que a Nicaragua, a la América criolla.

El profundo cambio vital del poeta y de su poesía, lo que hay en el artista de biológico, de creación duradera, *durable*, con "duración", ya lo han comprendido todos los que saben leer. Los que leen usando nada más la vista y la memoria fueron ya justamente desdeñados:

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta
Con aque la hora armoniosa de antaño? [ah ra
—Esos no ven la obra profunda de la hora,
La labor del minuto y el prodigio del año.

Don Justo Sierra se apartó del prejuicio corriente para declarar en el prólogo de *Peregrinaciones*:

"...¿Por qué dicen que no sois un poeta de América, mi querido gran poeta, cordial y bueno bajo la pálida máscara, por qué? Pues no sois de Francia, porque aunque vuestro verso habla, no la lengua, pero sí el verbo francés, encendéis sobre él esas constelaciones nuevas que ven los *Conquistadores* de José María de Heredia al pasar el Ecuador; no español, porque tenéis el estro demasiado crepuscular y compuesto de demasiado delicados matices para que pueda ser su medio natural el de los colores francos y altos que amaba la música española... Sí, sois americano pan-americano, porque en vuestros versos, cuando se les escucha atentamente, sueñan rumores oceánicos, murmurios de selvas y bramidos de cataratas andinas; y si el cisne, que es vuestro pájaro heráldico, boga en lagos helénicos... el cóndor suele bajar en grandes saltos alados de cima en cima en vuestras estrofas épicas; sois americano por la exuberancia tropical de vuestro temperamento... y sois de todas partes, como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra".

Y Manuel Ugarte: "...a pesar de todas las apariencias, Darío fué de su tiempo y de su raza por amor a España y por su amplia concepción americanista. Un viento de fraternidad, que viene del pasado, o del porvenir, lo empuja a sentirse súbdito de esa nacionalidad final que es el idioma. Su espíritu presiente que las subdivisiones del Nuevo Mundo están destinadas a modificarse en la incesante evolución de un conjunto que no ha tomado forma todavía".

"...Sensible ante la naturaleza, con una adivinación rara de armonías remotas y delicadezas pastorales, pueril a la vez y mitológico, Darío fué con sus misterios de fakir y sus solemnidades de misal, la más alta

expresión del alma americana en los albores de este siglo”.

Citemos otra vez a Unamuno: “. . . los hispano-americanos se ven por la fuerza de las cosas, obligados a anhelos y vislumbres, a tentativas y rebuscas.

“No es el suyo decadentismo, aun cuando lo parece; es incipientismo. No es un caso, es una aurora; pero como no rompe el día, el poco observador puede creer que se acerca la noche.

“Lo que yo veo en usted (en Darío)... es un escritor que quiere decir en castellano cosas que ni en castellano se han pensado nunca ni pueden hoy en él pensarse”...

La misma idea se va precisando en Andrenio: “Y no es que Rubén Darío sirviera como de mediador plástico entre la lírica francesa y la castellana...

“Fué algo más; Rubén aportó algo, aportó mucho que no sólo era genio personal; que además de ser cosa Rubén Darío era americano y español, y por tener este elemento común y genérico, se impuso tanto en América como en España, a despecho de las resistencias clasicistas.

“Esto era una exuberancia, una como alegría interna o plétora de vida que se traduce en imágenes, en rimas, en cabriolas. Todo es múltiple, abundante en esta poesía. Toda ella tiene algo de tropical en el sentido de reflejar una orgía de calor, de luz, de colores, de proliferación de brote ardiente y activo de vida. Es la juventud de las literaturas de América, unida a las influencias físicas del medio, que marcan su sello en los ingenios y trazan ruta a la historia, y es también pompa y aparato de nuestra lírica del siglo de oro vestida a la moderna, un compuesto de elementos personales, americanos y españoles. El hecho es que Rubén fué el primer escritor plenamente hispanoamericano, como los que él cantó alguna vez, como los cantara Heredia el francés; pero un conquistador de retorno, venido de América a España. No ha habido influencia comparable con la suya ni de literatos americanos en España ni de un literato de América en todo el Nuevo Mundo. Toda la lírica joven de América es Rubén Darío y en toda la lírica nueva de España se puede descubrir la huella leonina del autor de *Prosas Profanas*. La América española ha producido filósofos y gramáticos como Bello y Cuervo; poetas como Caro, Heredia y el mismo Bello; prosistas como Montalvo y Rodó; pero hasta Darío no había producido una figura que fuese, más continental, producto de la raza, y en su esfera, mentor espiritual de ella. No es que Rubén Darío superase a esos ingenios de América en todo ni por todo. Es que era otra cosa: un creador, una fuerza renovadora”.

Es decir, la nota cálida que viene a dar nuevas vestiduras y a resucitar el idioma. Y el reverso de la medalla: las imágenes en desconcierto, las desafinaciones, la dulzura empalagosa, la hinchazón, las depresiones palúdicas, los matices amarillentos de la anemia tropical. Digamos la verdad para ser creídos, descubriendo las manchas fatales del criollismo.

Alfonso Reyes ha explicado con sutileza y donaire la transformación íntima del poeta: “el francesismo o el casticismo de Rubén Darío pasa por dos etapas. En la primera, la crítica lo considera como un caso agudo de galicismo. En la segunda, lo consideramos ya como un caso excelso de españolismo evolutivo, de casticismo en marcha... Todo se reduce... a la diversa dosificación de acentos patéticos que se aplique a una conocida frase del poeta. Abrid las *Prosas Profanas* por

las Palabras Liminares (inolvidables) y le d conmigo ‘Luego, al despedirme,— Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra: mi querida de París’... en la primera etapa, el acento patético es despectivo para la palabra ‘esposa’ (a la que se considera como elemento prosaico, moral, ‘burgués’), y es sagrado para la palabra

‘querida’ (a la que se considera como símbolo de la poesía y la libertad ideales). En la segunda etapa, el acento patético es sagrado para la palabra ‘esposa’ (elemento básico de la familia, fondo sólido de la vida: lo propio, lo del hogar, lo de mi tierra). y es, si no despectivo, al menos ‘alegre’: jugueteo, pasatiempo, placer y agrado pasajeros”.

Tres meditaciones contemplando a la bestia

(En el Rep. Amer.)

Primera

Príncipe cruel a las órdenes del destino.—G. Leroux.

Oscuro, turbio, con la Muerte en las manos y el Odio en la mirada, moviéndose, terrible, en horizonte denso, con la sangre hasta el cuello y el corazón podrido, con las manos en garras filudas contraídas, con la garganta ronca, inmisericorde, y la voz con espinas, cargando sobre su alma, en crimen y en angustia madurada, cien millones de muertos y gritos y alaridos; haciendo que a su paso el suave sol se nuble, las flores se marchiten y las fuentes se enturbien; matando a las palomas y manchando, como un reptil viscoso, la tierra, el aire, el alma de los hombres, la risa de los niños, el rubio trigo bueno, el dulce pan sagrado, los cristos y los cirios: así, en cieno, en pestilente pútrido charco sumergido, sobre la tierra triste, precedido de un aliento de muerte, de bandadas de arañas inmundas, y gusanos y hienas, avanza el Supremo Embajador de la Muerte, y la noche se hace a su paso, los relojes se paran, los niños enloquecen, furiosa nube envuelve la mañana tranquila, los labios se contraen, los navíos se hunden, y solamente un coro de lobos lo saluda. Es Hitler. En su mano la vida de los hombres termina. Como el rayo, destroza la tranquila existencia y la dulce sonrisa. Es el amo de la sombra, el rey de la tiniebla. Los sapos, los vampiros, los negros alacranes lo aman. Es la Muerte. En su cerebro enfermo mora un gusano enorme y en sus ojos la odiosa mirada de una hiena oscura se derrama. No tiene corazón. Bajo la pobre tabla de su pecho cobarde, de aliento mezquino, hay un nido de víboras. Nunca la sangre humana recorrió sus arterias. Es el producto innoble de la sombra, del odio, de la oscura y nefanda violencia y odia todo lo libre que en la tierra florece y en la vida sonríe. “Príncipe cruel a las órdenes del destino”, inhumano y oscuro, fiero y torvo. La pobre tierra herida tiembla ante su imagen sucia y sus ojos de hiena. La noche lo rodea. La hosca noche lo cubre. El mora en las tinieblas. Nadie respirará mientras su vida dure.

Segunda

¡Ah, si tan siquiera Hitler pudiera saber cuán agradable es tener en los brazos a una joven en flor!
—Albert Forster.

Nunca, en su vida triste —odio y sangre podrida— pudo el amor crecer. Nació en oscura noche. Donde pone su paso la noche viene y reina. Jamás la luz del día visitó sus pupilas. Las hermosas mujeres, finas, dulces y sabias, le huyen y él las teme. Nunca en su vida triste un amor. Nunca la luz tranquila de los ojos amados, trayendo sabia calma. Nunca la suave mano de la mujer amada sobre el párpado herido. Nunca dos senos tibios para el cansancio diario y la honda amargura. Nunca el contacto cálido de los labios queridos. Nunca en la noche larga la compañía tierna de un cuerpo femenino. Nunca. El odio solamente. La soledad profunda de la noche. Los vampiros, los sapos, las serpientes. La víbora que roe su corazón cobarde. Los lobos, sus hermanos, aullando en su noche perenne. El odia a las mujeres. No quiere sus caricias, no quiere su perfume, ni sus voces, ni el dulce sentimiento que une sobre la dura tierra a los seres humanos. Aborrece a los niños. La soledad lo nutre. El odio lo consuela. Las víboras lo aman. Un oscuro vampiro besa sus labios pálidos. Una hiena cobarde, maestra de crueldades, le acaricia el cabello y le lame las manos. Inhumano. Perfecto producto de la angustia, del vicio y la tortura. Jamás una sonrisa. Jamás un tibio aliento amoroso lo asiste. Pobre dios de la muerte, en desdicha perfecta anegado hasta el cuello. Pobre ser de la sombra, larva oscura en venenosos jugos nutrida, jamás una muchacha te iluminó los ojos y suavizó las manos. Más infeliz y triste que cualquier desvalido, en tu casa, de acero y cristal construida, eres mísero enfermo torturado de envidias, impotente y amargo. Mientras gozas haciendo sobre el mundo la sombra, en el corazón puro de la gente sencilla, la que tú pisoteas, hay el sol del amor, la presencia perfecta de la mujer, su alma, su cuerpo y su caricia. Nunca en tu vida turbia amaneció la luz del amor que consuela, ennoblece y alivia. Cuando la muerte llegue a cegarte los ojos, una víbora grande te rodeará la frente.

Tercera

¡La ruina te acecha, rey despiado!—John Gunther

Pero eres mortal, oscuro ser en el lodo crecido.
 El mundo entero gime ante tu rostro orlado de serpientes,
 Tu voz quiebra montañas, estrangula los ríos, enloquece los mares,
 No puede ya la luz resistirte, sombra oscura, pertinaz y cobarde.
 Pero eres mortal, vil engendro de nocturnos pecados.
 Aún sobre la tierra la luz brilla y el amor permanece.
 Aún hay libertad, sol, trigo, ríos tranquilos y mujeres y flores.
 Aún hay libertad. Aún hay sangre pura. Hombres limpios y sanos.
 Y tú eres mortal y moras en la sombra. El día ya se acerca.
 Ya la luz nuevamente a tu reino de tinieblas amenaza.
 Siempre hay más densa sombra cerca de la mañana.
 La hiena es más feroz cuando la alcanza el alba.
 Cercana está tu hora, rey del odio y la sombra,
 despiadado y feroz. Contra tu pobre vida en el lodo crecida,
 tu corazón podrido, tus garras afiladas y tu veneno astuto,
 no habrá piedad alguna. La luz cuando domina a la sombra cobarde
 sabe ser implacable. Con limpio fuego eterno de libertad perfecta
 habremos de quemarte hasta el último hueso.
 Como un can perseguido, tu recuerdo nefando
 buscará los rincones más viles de la tierra
 y de allí lo echaremos. No quedará la sombra
 siquiera de tu sombra sobre la nueva tierra.
 Los niños no tendrán el suplicio punzante
 de pronunciar tu nombre. Habrá amor y habrá pan
 y el día durará a través de los siglos en amorosa luz.
 Porque tú, oscuro y turbio engendro de la sombra,
 habrás hundido tu alma, para siempre, en el lodo podrido
 donde fuiste formado.

Loja, Ecuador, Noviembre de 1941.

ALEJANDRO CARRIÓN

Retozos filológicos

(En el Rep. Amer.)

Cocktail: Mucho alcohol ha corrido por el mundo bajo este nombre y juro que casi nadie sabe su origen. *Cock* en inglés, significa gallo; *tail*, cola. Es pues bien original que cola de gallo puede significar una bebida esperituousa, alma de toda reunión social, más en los países nórdicos, en que se necesita un poco de alcohol para romper el hielo de sus convencionalismos.

Según versión que he atrapado por allí, en el año de gracia de 1790, un Oficial de lo que llamaban Ejército Continental, buen catador de trago, se llegó a la taberna de un tal Betsey Flanagan, irlandés por más señas, y aburrido de beber lo mismo siempre, dijo al tabernero que quería ensayar algo nuevo.

Flanagan, para complacer a su cliente, empezó a vaciar en un vaso un poquito de cuantas botellas estaban al alcance de la mano. Fue algo así como lo que en Colombia llaman *carabina* y que se da a los padres de las muchachas en juergas de clase media, para ponerlos fuera de combate.

El irlandés para adornar aquello y darle más novedad, puso una cereza y, como toque final, clavó a su menjurge una vistosa pluma de gallo.

El inglés, con la sed de un camello, se sorbió aquello sabrosamente y chasqueando los labios exclamó: Hasta la Cola del Gallo!

Tal fué el bautizo y el origen del *cocktail*: invención de un irlandés, para satisfacer el capricho de un flemático bebedor británico!

O. K. es otra expresión que parece va alcanzando beligerancia mundial. Cómo surgió aquello? Nadie lo sabe! He hecho la pregunta a muchas gentes de este país, pero nada dicen al respecto. Lo ignoran.

Pero, voy a repetir la versión que yo he recogido y que no recuerdo en donde:

Sabido es que una de las industrias de mayor favor en las colonias inglesas de lo que hoy

son Estados Unidos, era la del ron, que de aquí se llevaba a todas partes para cambiar por otros productos. También con el ron, acabaron los colonos sajones con los indios.

El ron Kentucky era famoso y, entre más viejo, mejor! Los catadores veteranos lo distinguían "a la legua" y para mostrar satisfechos su erudición en la materia, con aquella tendencia que este pueblo ha tenido por las abreviaciones, cuando engullían una buena copa del viejo ron de Kentucky, aunque no vieran la marca, remachaban su trago con un O. K., Old Kentucky, que ha venido a ser la confirmación o aceptación explícita de todo asunto.

Gringo es otra palabra cuyo origen ha venido a ser un rompecabezas para los filólogos norteamericanos. Le atribuyen origen muy diferente.

La cosa parece que surgió al primer contacto entre los norteamericanos, extravagantes y dádivosos, que gastan el dinero sin lástima y sus vecinos del sur.

En aquellos días ya existían los billetes de reverso verde llamados *greenbacks*. Cuanto veían los hombres de las praderas del oeste en manos de los mexicanos, lo compraban sin pararse en pelillos.

Green goes (Va el verde) decía el norteamericano tirando del rollo de sus billetes para finalizar sus transacciones rápidamente. Los mexicanos sólo percataban de aquella frecuente expresión el sonido *grin-go* y así bautizaron a sus nuevos clientes.

Así también, por asociación de sonidos, diz que surgió la palabra *bigote*, aunque tengo mis sospechas de que ya existía, antes de la invención de los diccionarios de la lengua.

Va de cuento: Los piratas como los vemos hoy en las películas del cine, se cargaban unos bigotes chorreados y puntiagudos, como para tirar de ellos y, cuando sus ataques a la plaza de Cartagena de Indias, si caían prisioneros, de allí diz que los cabrestaban los defensores de la plaza.

A cada tirón del sensible adminículo, el pirata con aquel sonido peculiar de la *d* final decía a su verdugo: *By God*. Bigote llamaron aquellos los defensores de la Heroica, y así quedó.

"Jesús me ampare!" todavía exclaman las viejas cuando estalla un estornudo.

De dónde salió esto? Pues de una tremenda epidemia que en los lejanos días de la Colonia hizo estragos; una epidemia que, al parecer, no fué otra cosa que la misma gripa que tanto mal causó en el mundo al final de la guerra del 14.

La cosa es que los primeros síntomas eran unos estornudos mortales y las viejas y hasta gentes mozas, para ponerse en guardia, han quedado con el resabio de invocar en el trance el nombre de Jesús.

Back en inglés significa espalda. Dar para atrás, es *to back up* y "dar en vaca" es modismo que ha quedado en la jerga del Río Magdalena, como herencia de los primeros Capitanes que fueron allá de Inglaterra y de Ohio cuando, al dirigir la maniobra desde el puente del buque gritaban al Contramaestre: *Back up!*

Poner el buque "en vaca", es en el Magdalena dar al buque para atrás. Y, eso ha quedado incorporado en el léxico de la navegación.

En Colombia es un refrán muy común, "Hay moros en la costa" cuando se quiere llamar a otro la atención de que no debe referir una cosa, porque es reservada o porque es impropia delante de los niños.

Este curioso refrán, trasplantado a nuestras montañas, viene de los días en que los españoles tenían que estar alerta contra las irrupciones de los moros sobre sus costas.

Ahora, para terminar, propongo un premio al filólogo colombiano que pueda explicar el estribillo aquel, que, desde tiempo inmemorial, se enseña a las loras en Colombia, sin que nadie se haya apercibido de su sentido y origen: Patojito real! Saca la barca, la perra prrúa!

ENRIQUE NARANJO MARTÍNEZ

Boston, agosto de 1940.

AGENDA 1942

Trae: EL SANTORAL,
DIAS FERIADOS,
MOVIMIENTOS DE LUNA,
PRONOSTICO DE TIEMPO, etc.

y se completa además con los siguientes cuadros:

TARIFAS POSTALES,
AEREO INTERNACIONAL,
PLEAMAR EN PUNTARENAS,
ITINERARIO DE TRENES,
ITINERARIO DE AVIONES,
CUADRO PAPEL SELLADO Y TIMBRE,
etc., etc., etc.

¡Esta es la AGENDA que hacía falta en Costa Rica!
Una Agenda práctica y elegante. La Agenda 1942 será la preferida por todos los hombres de negocios, oficinistas y amas de casa. Mide 17 por 26 cm. Cada página alcanza para dos días y viene impresa a dos colores.

Todo lo que necesita saber!
EL HOMBRE DE NEGOCIOS!

Se ofrece en 3 presentaciones

1. CARTONE edición económica,
2. PASTA de calidad, 3. DE LUJO
PERO las tres ediciones con el mejor papel para escribir

LIBRERIA LEHMANN

Salidas de...

(Viene de la pág. 359).

y he dedicado buena parte de diez años a vigilar unas trescientas veinte escuelas elementales—, hablamos mucho de nuestra democracia, pero en el día de hoy, un chico pobre en Inglaterra no tiene más posibilidad de alcanzar esa emancipación intelectual de la que nacen los grandes libros, que la que podría tener el hijo de un esclavo ateniense.

Dinero y un cuarto propio

La independencia intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres han sido siempre pobres, no sólo por doscientos años, sino desde el principio del tiempo. Las mujeres han tenido menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres, por consiguiente, no han tenido la menor oportunidad de escribir poesía. He insistido tanto por eso en la necesidad de tener dinero y un cuarto propio.

Sin embargo, gracias a las fatigas de esas oscuras mujeres en el pasado, de las que desearía saber más, gracias (es bastante curioso) a dos guerras, la de Crimea que sacó a Florence Nightingale de su sala, y la Europea que abrió las puertas a la mujer común unos sesenta años después, esos males van en camino de mejorar. De otro modo, no estarían ustedes aquí esta noche, y su oportunidad (bastante precaria) de ganar quinientas libras al año, sería del todo imperceptible.

Escriban toda clase de libros

Como la mayoría de las inglesas incultas, me gusta leer—me gusta leer libros en montón. Ultimamente mi régimen ha sido algo monótono: la historia trata demasiado de guerras; la biografía, demasiado de grandes hombres; la poesía ha mostrado, me parece, una propensión a la esterilidad, y la novela—pero ya he destacado bastante mis incapacidades como crítica de la literatura moderna y no diré una palabra más. Por eso les ruego que escriban toda clase de libros, por trivial o por vasto que sea el tema. Por las buenas o por las malas, espero que ustedes adquirirán bastante dinero para haraganear y viajar, para considerar el porvenir o el pasado del mundo, para soñar sobre los libros y demorarse en las esquinas y dejar que la línea del pensamiento se sumerja hondo en el río. Porque no quiero que se limiten a la novela. Si quieren complacerme—y hay miles como yo—escribirán libros de viaje y aventuras, de investigación y de erudición, de historia y biografía y crítica y filosofía y ciencia. Con todo eso, adelantarán el arte de la novela.

Porque los libros influyen unos en otros. La novela será mucho mejor si se codea con la filosofía y los versos. Además, basta considerar cualquier gran figura del pasado, como Safo, como la Murasaki, como Emilia Bronte, para ver que no es menos heredera que iniciadora, y que ha existido porque las mujeres ya estaban habituadas a escribir; de modo que hasta como preludio de la poesía tal actividad de parte de ustedes, será de gran valor.

VIRGINIA WOOLF

De don Mauro...

(Viene de la página final)

y las maestras que deberían ir a las aulas a enseñar a los chiquillos. Posiblemente su empeño mayor estaba en que hubiera al servicio de la educación nacional los mejores maestros, antes que los mejores edificios. Muy sagaz, muy inteligente, de una gran visión, yo tuve la feliz oportunidad de tratarlo bastante. Aún más, cuando los sucesos de noviembre del 89 hicieron a don Bernardo Soto entregar el poder, saliendo don Mauro con su presidente, el doctor Durán me confió la secretaría de educación y en la memoria que en mayo siguiente presenté hice, y lo volvería a hacer hoy, al cabo de tantos años, el elogio de la obra de mi antecesor. La consideré buena entonces y buena la sigo considerando hoy. Cuanto ella afianza las instituciones y las ideas democráticas es bueno para la república y sus frutos los hemos ido palpando. Y a propósito de los sucesos de noviembre recuerdo esta anécdota de don Mauro. La tempestuosa noche de 17 de noviembre yo me empeñaba en demostrar a don Bernardo que real-

mente no se trataba de una revolución dirigida contra él, sino de un individuo que pretendía que se garantizara el resultado de las elecciones que acababan de pasar y de cuyas urnas salía electo don José Rodríguez. Naturalmente que mi intención era la de que el presidente Soto llegara a una transacción lo más suave posible, sin que un empeño suyo fuera a provocar sucesos aun más graves. No tenía yo entonces partido político. A esas horas ni los esquivelistas ni los rodriguistas contaban conmigo. Veía que tenían razón los rodriguistas por ser el partido popular y su jefe consagrado por los votos de la gran mayoría de los costarricenses y no podía encontrar bueno que los esquivelistas trataran de burlar el triunfo popular. Don Mauro, que era, como dije, ministro de don Bernardo, me oyó un poco. Pero hombre de inteligencia, comprendió bien pronto la verdad de la situación y dijo:

—No, señores hay que dejarse de cuentos y rodeos. Eso es una verdadera revolución y el gobierno no tiene más que dos ca-

Suscríbese a este semanario por medio de LIBROS PUBLISHING INC., CO.

171 MADISON AVENUE
New York, U. S. A.

minos: o echarse a la calle a combatirlo, o, y yo estoy dispuesto a ayudarlo en esto, entregar el poder.

Esa era la verdad. Don Bernardo, después de reflexionar, hizo la entrega al doctor Durán. Don Mauro salió para Europa en donde después tuve el gusto de verlo. Pero ya había hecho su obra y con ella, con sus prédicas, sus discursos, desde el ministerio, desde el bufete o desde la curul del representante del pueblo siempre estuvo al servicio del país y de las ideas liberales. No fué nunca presidente de la república. En algunas circunstancias se habló de su candidatura y es de lamentarse que no fuera llevado por sus conciudadanos a aquel alto puesto. Su inteligencia, su buen corazón, su sagacidad para hacer triunfar sus proyectos y su apego a las ideas democráticas liberales, le hubieran ayudado a hacer un buen gobierno. Mis relaciones con él siempre fueron cordiales. Hombre de mucha chispa, tenía una de las conversaciones más brillantes y las matizaba siempre con expresiones muy gráficas. La *Cartilla Cívica* que escribí por allí del 86 o del 87 la hice por pedido de él. Pensaba que debería presentarse en esa forma a los ciudadanos un medio de conocer su gobierno, con los deberes y los derechos de los ciudadanos. Por ese trabajo y algunos otros que hice para el gobierno se me pagaron, recuerdo, ciento veinticinco pesos. No se si la *Cartilla* habrá servido para lo que pensamos que debiera servir. A veces me parece que no, cuando veo que los ciudadanos proceden como si desconocieran sus deberes y sus derechos. La democracia en nuestro país, y no sé si en todos los demás, da unos cuantos pasos al frente, de vez en cuando se estanca y a veces hasta da algunos pasos atrás. En ocasiones la república vive de verdad, se ve alentar y palpitar en el interés que todos los ciudadanos se toman por los problemas públicos, los cuales analizan y discuten, proponen, aceptan, rechazan o modifican. Otras veces todo se adormece bajo una especie de sopor, y la adulación o el *brochismo* imponen la conformidad con todo, el encontrarlo todo bien, y entonces el civismo languidece. Se llega a situaciones como las que muestra el hecho de un diputado, creo que de Cartago, cuyo nombre no viene al caso, pero que lo era en tiempo de don Rafael Iglesias. Estaba por elegirse la corte y alguno de sus compañeros solicitó el voto de nuestro diputado para una determinada candidatura. El representante del pueblo, que lo era más del poder ejecutivo, decía:

—No puedo comprometer mi voto, ni lo piensen. Yo soy disciplinado y la lista que yo vote será la que nos venga de arriba.

—Bueno, pero esto es harina de otro costal. Don Mauro merece todo homenaje y está bien que se le haga. Merece una estatua y el país se la debe. Un día la escuela de Costa Rica se la hará porque es su deber exaltar su brillante figura. En ella verán los niños del país simbolizado el alto anhelo de hacer grande la patria por la iluminación de todos los cerebros y la libertad de todas las almas.

LUIS ULLOA UGARTE

FABRICANTE de LADRILLOS REFRACTARIOS

A los beneficiadores de Café recordamos que no deben importar sus Ladrillos Refractarios, PORQUE AQUI SE PUEDEN SUPLIR de PRIMERA CALIDAD y con más economía.

TELEFONO: 5556

Calle 13—Avenidas 10 y 21

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

Giro bancario sobre
Nueva York

De don Mauro me acuerdo

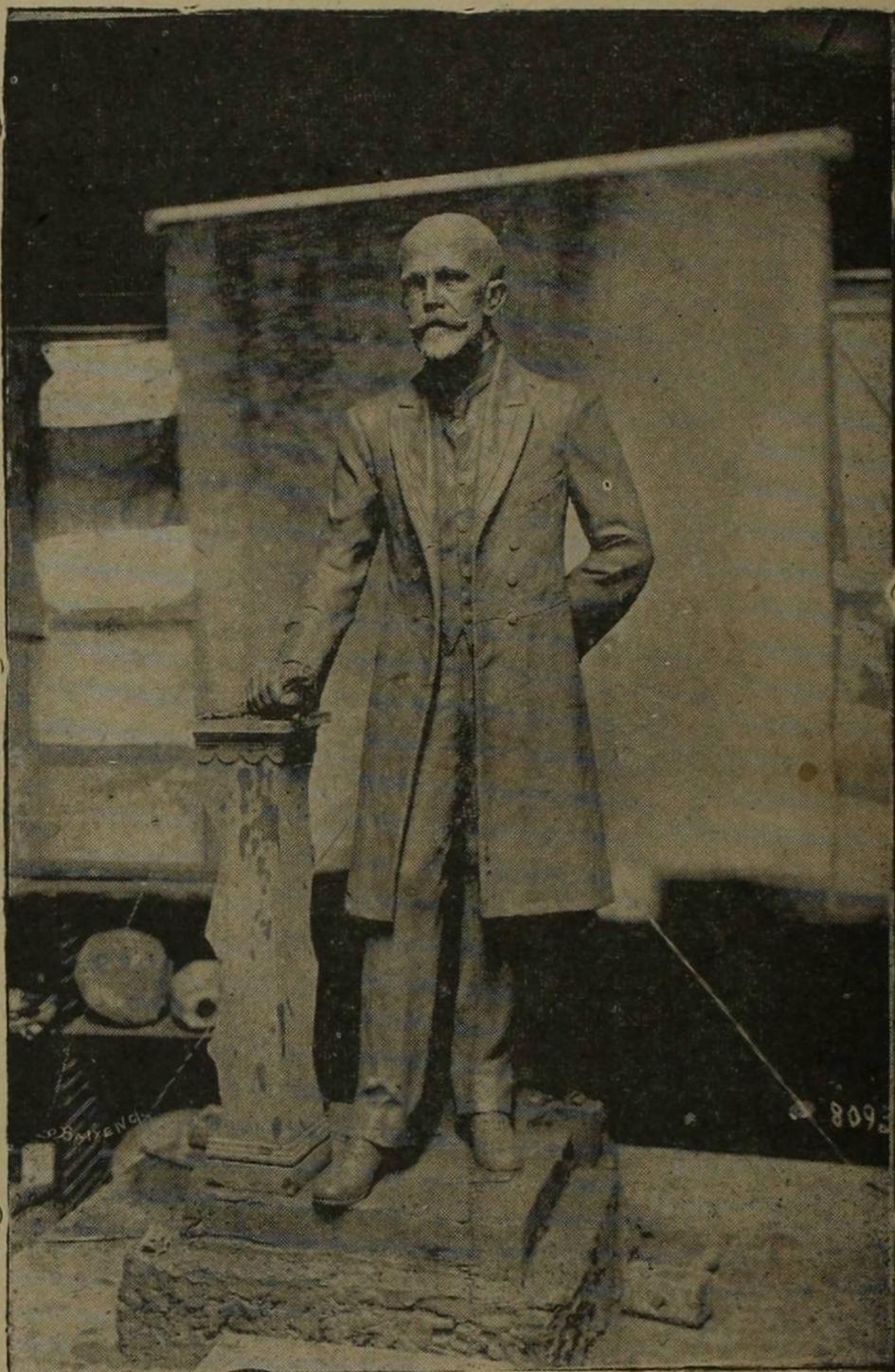
(De La Tribuna, San José de Costa Rica, 22 de noviembre de 1941).

¿Cómo hace don Ricardo Jiménez para reproducir tan cabalmente, en el curso de una conversación, hechos y cosas que fueron hace muchos años, síntesis de discursos, frases de conversaciones, anécdotas y todo ello intercalado con citas que encajan perfectamente, con gracia y con frescura, en el discurso? Esto se lo preguntaba anoche el que ordena estas palabras cuando después de una larga conversación con don Ricardo a propósito de don Mauro Fernández, hacia el camino de la redacción de *La Tribuna*, para cuyos lectores trata de transcribir algunos pasajes de esa interesante conversación. La coyuntura de este tema viene porque hoy se da el nombre de Mauro Fernández a una avenida de esta capital, para lo cual va a realizarse un acto escolar. Publicada la noticia, en nuestra conversación de anoche con don Ricardo, ella fué el tema. Y la figura de don Mauro fué evocada con cariño y veneración por nuestro ilustre entrevistado que nos dijo:

— Bien está cuanto se haga en honra de la memoria de don Mauro Fernández que es uno de los verdaderos valores de nuestra historia. Y lo mejor que podría hacerse, es conservar con cariño la trayectoria de su obra hecha con tanta visión y afirmar sus principios que son buen abono, el mejor, para las instituciones liberales de una nación democrática. La obra del gobierno del año 69, en la que a mi padre correspondió una parte como se ha dicho en estos últimos días, vino a ampliarse con lo que hizo don Mauro Fernández desde la secretaría de instrucción pública, como se llamaba entonces lo que ahora se denomina educación, y a quedar sólidamente establecida. A lo hecho por los hombres del 69 don Mauro añadió un carácter más liberal, más moderno, más de acuerdo con lo que demandaba el progreso que en veinte años ya había tenido tiempo de dar unos cuantos pasos más hacia adelante. Pensaba sin duda don Mauro que no hay pueblo libre si esa libertad no se afianza en la convicción de todos los ciudadanos, en su conciencia clara. Y no hay clara conciencia sino en los pueblos que saben leer, que saben discernir y que comprenden claramente en dónde están sus de-

beres y cuáles son y en dónde están y cuáles son sus derechos. Comprendió sin duda que más hacía con darle al país buenos maestros que con hacer política más o menos demagógica. O con echar discursos muy bellos.

Los discursos son buenos cuando la gente los entiende en toda su profundidad y en todos sus alcances. Y para que esto suceda es necesario que la gente haya antes aprendido a leer y a entender, y esa es, o debe ser, la obra de la escuela. Sin duda por esta razón en el gobierno de don Bernardo Soto las tempestades políticas soplaban en torno de don Mauro sin alcanzarlo. A veces derribaban a los otros ministros, a los que se metían en el torbellino de las idas y venidas de las intrigas y las combinaciones de la política o politiquería, que de las dos cosas ha habido siempre en esta vida nuestra. Don Mauro estaba muy lejos de todo aquello, consagrado al manejo de las finanzas y a la tarea de hacer escuelas. Y las hacía en todo su amplio sentido: levantaba los edificios con buenos materiales y hacía los maestros



Don Mauro Fernández
en la probable estatua

(Proyecto de Juan Ramón Bonilla)

COMPRE SUS MUEBLES EN LA
Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

— Teléfono 3339

(Pasa a la página anterior)